



"BENJAMIN", este zapato medio "sport" y el bolso idéntico son de una concepción nueva, con sus incrustaciones de piel de "ranula" de la India.



"FLORIDA", zapato "sport" hecho de ante o box fino guarnecido de ojete esmaltados en el color del cuero. Bolso idéntico.

Como ya os decía en un artículo anterior, mis queridas lectoras, se procura más que nunca ajustar todos los detalles necesarios para la elegancia de vestir bien, y el calzado ocupa casi el primer lugar en este conjunto. Pero no hay que olvidar que el calzado está hecho para los pies, y no los pies para el calzado.

Sólo después de muchos titubeos, encontramos la forma que nos sienta bien, tanto desde el punto de vista de comodidad, como del de la elegancia; pero una vez descubierta, no dudemos de adoptarla para toda nuestra vida, si en realidad nos parece ideal. Para romper

te" en consonancia con esas excentricidades. Sin criticarlas, repitamos juntas que la verdadera elegancia está hecha de acto y de oportunidad, y detengámonos en lo que nosotras, pobres mortales, llevaremos este verano, seguramente será menos original, pero más práctico e igual de bonito...

Las formas y las pieles en su conjunto

En conjunto, veremos menos formas acortando el pie. Serán más alargadas, lo que armonizará mejor con los vestidos, más ensanchados en el bajo.

tímetros de altura, y son muy rectos y afinados. Algunos son casi chatos (dos centímetros). Estos últimos sólo se llevarán en ciertas horas del día.

Otros zapatos, de medio "sport", son más ligeros. Los tacones van recubiertos de cuero, y su altura variará de dos a seis centímetros. Estos se podrán llevar a cualquier hora del día.

Estos modelos son de líneas y cortes verdaderamente nuevos. Muchos menos zapatos de cordones que se cruzan varias veces sobre el empeine, pero zapatos de "sport" que cubren casi todo el empeine. Algunos ten-

EL CALZADO Y SUS FANTASIAS

Por MADELEINE MILLET

su monotonía, podremos añadir una nota que haga "moda", adorno, color o material.

Sabemos muy bien que el tacón alto hace destacar la pierna, sobre todo si no es perfecta (esto no se refiere a vosotras, amables lectoras, que tenéis fama de poseer piernas bonitas); pero las mujeres esbeltas que posean piernas bien proporcionadas podrán usar el tacón bajo, confortable y práctico, ¡y lo a gusto que se encontrarán con él!

Como en todas las ramas de la moda, se admiten las fantasías más atrevidas, cuando son lanzadas por un gran artífice. ¡Qué cosas se ven! Para un té, un concierto, se llevan sandalias que se calzan como las babuchas y no tienen revés... Las punteras y los talones, cuadrados... Escarpines de raso en una sola pieza, con una sola costura bajo la suela, desde la punta hasta el talón... Otras sandalias, de tacón chato, dejando al descubierto los dedos de los pies, sujetas al tobillo sencillamente por una tira que se cierra con un broche... Ya comprenderéis que todas estas originalidades, llevadas por mujeres muy elegantes, son admisibles y logran el máximum del "chic", resultando, en cambio, grotescas sobre mujeres, no ya sencillas, sino de una elegancia corriente, que no lleven el resto de su "toilet-

CORRESPONSAL EXCLUSIVO DE MODAS EN PARIS

Modelos P. A. I. S.

Reproducción prohibida

Creación "Edith"

4, Rue Tronchet

El ante, el antilope serán los favoritos, en contra de los cueros lustrados.

Los vestidos, abrigos, sombreros, que irán adornados con guarniciones brillantes, de cuero plisado, clavos, adornos de metal, ojete de color, enrejados horadados: todo esto lo encontraremos también en los zapatos.

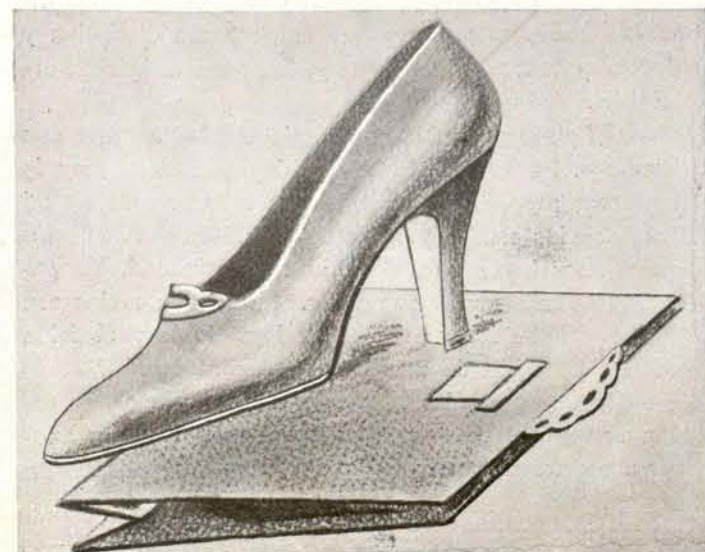
Para el zapato de "sport" y de medio "sport"

Las formas no son ni cortas ni largas. En general, los tacones son de cuero. Varían entre tres y cinco cen-

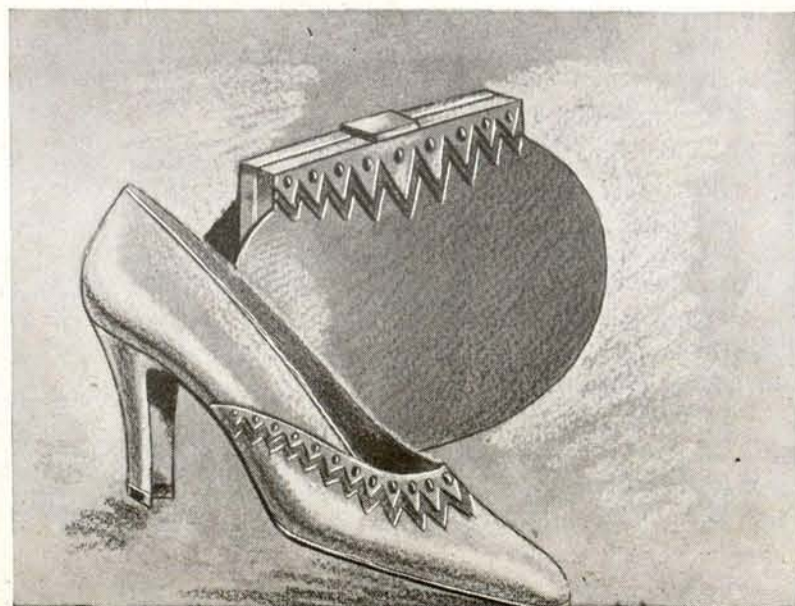
drán un cordón de dos o tres ojete; otros, una gran lengüeta, adornada con gruesos clavos de metal, o bien una raya cabalística o también unas iniciales en metal. Algunas de estas lengüetas irán incrustadas de tiras de cuero o guarnecidas de grandes agujeros. Otros modelos de corte más sencillo están perforados por varios sitios, guarnecidos de ojete de color de la misma tonalidad del cuero.

Las pieles empleadas para su confección serán, sobre todo, el ante bastante fuerte y las telas de lino. El ante azul marino, marrón rojizo, azul claro, verde oscuro se mezclará a los tejidos de lino "beige", gris, o blanco. Algunos zapatos hechos totalmente de box fino hacen una tímida reaparición. En general, el reptil se deja de emplear, excepto el cocodrilo de escamas finas, que sigue haciendo un zapato muy distinguido. Se podrá ver igualmente algunas combinaciones de serpiente y box o de serpiente y ante. Algunos otros modelos van incrustados de cocodrilo o de piel de sapo de la India; la particularidad nueva de estas pieles de reptil es que ahora son curtidas a la manera del "ante-aterciopeado", en vez de ser lustradas.

Las tonalidades de moda serán: azul marino, verde, un poco de "beige". Para pleno verano, el blanco, mez-



"ROYAL", zapatos y saco muy sencillos, en piel de antilope, en tonos del color de moda. Ambas piezas realzadas con un broche y cerradura idéntica en oro o plata.



"ZIG-ZAG", este zapato y su bolso, guarnecidos de aplicaciones de cuero en dos tonos opuestos, adornados con clavos esmaltados.

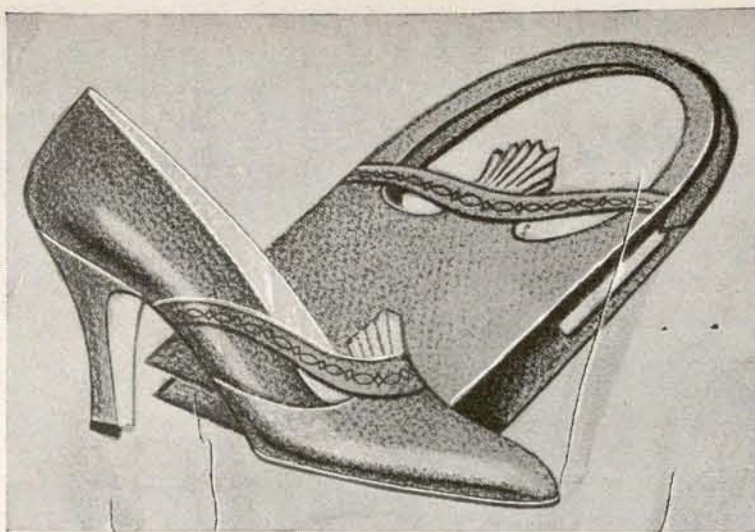
clado con el marrón, con el "beige", y el azul marino serán las tonalidades que se empleen más.

Para el zapato de calle

Las formas son francamente más largas: algunas, bastante puntiagudas. En cuanto a los tacones, se adaptan todas las alturas para esta nueva temporada. Sin embargo, diremos que la mayoría de estos tacones son de altura media o bastante bajos.

Todas las innovaciones de la costura y de la moda se vuelven a encontrar en los delicados detalles de estos zapatos.

He aquí "Bella", sobriamente perforado en los labios; la delantera del pie está cubierta totalmente, y



"BELLA", creación muy original con el empeine terminado en un plisado y guarnición de finos pespuntos. Bolso idéntico.



"CARLOS", zapato de "sport", muy confortable, aunque muy ligero, hecho de ante inglés negro, marrón, azul marino o de cabritilla muy fina.



"DANDY", zapato de línea sencilla, guarnecido con una lengüeta de cuero brillante en un tono más fuerte. Bolso idéntico.

se termina por una lengüeta plisada guarnecida de pespuntos.

Luego tenemos "Zig-zag", zapato escotado, con incrustaciones de cuero terminando en puntas de diferentes largueras; estas últimas guarnecidas con clavos de color.

Y después, modelos hasta el infinito, todos diferentes los unos de los otros.

Los cueros que más se emplearán serán: el antilope en todos los colores, guarnecido a menudo de cuero lustrado o barnizado en los mismos tonos; alguna cabritilla fina.

Los colores que más se llevarán serán: azul marino, negro y marrón. Después vienen el verde en varias tonalidades, "beige", coral, albaricoque, los azules y el rosa pastel.

Para los vestidos de noche

Las formas serán, en general, largas, pues es indispensable que tengan un tacón alto y fino para acompañar los vestidos de noche: éstos no admiten ser llevados con tacones bajos, pues la mujer debe conservar el máximo de esbeltez y agilidad. No olvidemos que el efecto más bonito de un vestido de noche se consigue a base de la largura que se dé desde el talle.

Contrario a los modelos para la calle, éstos serán de una gran sobriedad: en su mayoría, escotados; otros llevarán múltiples y finas correítas, que se abrochan muy arriba del empeine.

La cabritilla de plata o de oro será la más fácil para ajustar a todos los vestidos. Muchos modelos se repiten igualmente en el tejido del vestido, adornado con incrustaciones de cabritilla de plata, oro o cabritilla metalizada en todos los colores.

Observad que cada modelo de calzado puede llevar su bolso idéntico, en donde se reproducen los mismos adornos que llevan los zapatos. Pero ya hablaremos en otra ocasión de éstos.

Y ahora, para distraeros un poco, quiero preguntaros si sabéis que:

En tiempos del historiador Gregorio de Tours (evi

"CIUDAD" conquista a Bilbao

"Ciudad", como un reguero de pólvora, corre por toda España.

Ayer publicábamos las fotografías de su triunfo en Barcelona. Hoy ofrecemos las de la favorable acogida que le ha acordado Bilbao. Cuatro meses de vida apenas, y "Ciudad" ya se ha impuesto hasta en los más apartados pueblos. Y no es sólo en España donde "Ciudad" triunfa. De Francia e Italia llegan diariamente los pedidos de ejemplares y suscripciones. La España nueva y limpia que aparece en nuestras páginas se muestra al extranjero con los consiguientes beneficios de atraer turistas.

"Ciudad" ha recibido en Bilbao el "espaldarazo" de Teresa Irala de Simón, propietaria de la "Casa Ira-

dentemente, es algo antiguo: 538 a 594...) se regalaba un calzado a los prometidos, al mismo tiempo que el anillo de boda...

Antiguamente, en vuestro bello país se fabricaban sandalias con retamas...

En el siglo VIII, algunos pares de zapatos formaban, a veces, parte de los regalos ofrecidos a los Papas por los soberanos... En tiempos de Luis-le-Débonaire, Salomón III, duque de Bretaña, su contemporáneo, encarga a los embajadores que envía a Roma de presentar en su nombre, al jefe de la Iglesia, con una estatua de oro de tamaño natural, un mulo ensillado, treinta túnicas, treinta piezas de lienzo de todos los colores, treinta pieles de ciervo y... treinta pares de zapatos para sus criados...

Nota.—A causa de un error tipográfico, hemos ortografiado mal el nombre del gran sastre parisiense que nos había entregado el documento que ilustraba nuestra página de modas masculinas en el número XI de CIUDAD. Pedimos mil perdones y rogamos a nuestros lectores y lectoras lean: "Creaciones DEBAC-KER & Co. Avenue de l'Opera, Paris."

la", afamada Agencia ubicada en la plaza Nueva, 1, quien ha sabido distribuir tan acertadamente nuestra revista, que apenas colocada en los quioscos y puestos de venta, los ejemplares se agotaron.

Hoy, más que nunca, podemos indicar la verdad que encierra nuestro subtítulo: "Revista de Madrid para toda España".



MANTILLAS

VESTIDOS

SEDAS

Eleuterio
FUENCARRAL, 14

LUIS ALVAREZ POR LOS ESTUDIOS DEL MUNDO

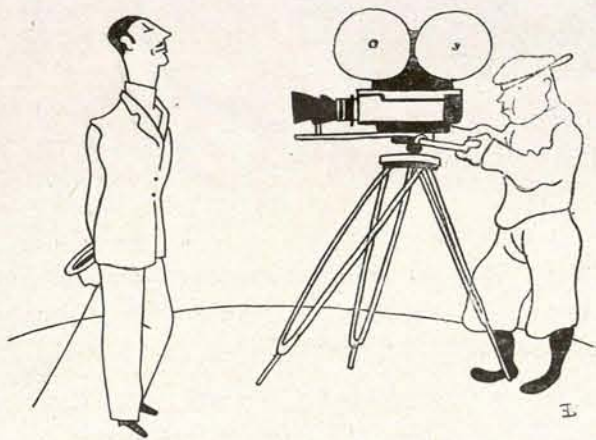
POR
FERNANDO G. TOLEDO



Como una porción de fenómenos naturales, el comienzo de nuestro amigo Alvarez en el campo cinematográfico tuvo su origen en tan remotas causas, que hacen casi imposible el determinar, de una manera inequívoca, las fuentes de tan feliz resolución. Es un hecho, sin embargo, que su espaldarazo en la orden del celuloide lo recibió en Madrid.

He aquí cómo:

En uno de los principales cafés de la Gran Vía—hoy ha de-



jado de existir—se reunían alrededor de una de las mesas un grupo de individuos que, por la manera de comportarse con los extraños a ella, más bien parecían conspiradores que unos tranquilos adictos a la cafeína. Se hablaba, generalmente, en voz muy baja y como desconfiando del vecino, se inclinaban los unos hacia los otros cuando tenían que hacer alguna observación o confidencia, o bien la conversación tomaba un crescendo al borde de la gritería cuando llegaba un individuo poco conocido en el grupo misterioso y, con un mutuo acuerdo sorprendete, se hablaba entonces de las cosas más ingenuas: de toros, de libertad en las diferentes formas de gobierno o de la mejora de los cigarrillos de la Tabacalera.

La primera noche que Luis fué admitido en la tertulia se habló de la bondad de los impermeables ingleses y sus diferencias con los paraguas del Japón.

Cuando todo parecía más tranquilo en aquella noche memorable, llegó, envuelto en una ráfaga de aire frío y de un grisáceo abrigo, un venerable anciano de barbas blancas, immaculadas, que fué a sentarse al lado de un individuo cetrino verdoso y de cóncavo frontal, a quien todo el mundo hablaba con una melosidad y un respeto dignos de mejor causa.

Sentóse nuestro viejecillo, y el camarero, solícito, se acercó:

—¿Café?

—No, Damián. Tengo el estómago estropeadillo...

—Si D. Cirilo quiere se lo traigo y ya lo anotaremos... —insistió.

—Bueno, hombre. Ya que te empeñas, tráemelo con unas tostaditas..., ¿sabes?... Pródigas en mantequilla..., ¿eh?

Y sin dar importancia a la conversación terminada con el camarero, comenzó una nueva, en voz muy baja, con el bilioso individuo que tenía a su lado. Mas paulatinamente aquel murmullo fué subiendo de tono, hasta adquirir unas proporciones inverosímiles. El resto de los contertulios se miró sorprendido de la osadía del viejito de las barbas. Todos, intranquilos, parecían temer que algún secreto formidable se escapara en el fragor del debate, que alguna orden privadísima se pudiera hacer pública. Las facciones del cetrino tenían ahora un definido color verde esmeralda; las del anciano habíanse tornado rojo escalata, y ambas caras, separadas por la blanquísima barba, recordaban una bandera italiana furiosamente batida por un fuerte viento de los Apeninos. Al fin levantóse el señor respetable, y encarándose con el otro le dijo en una voz profunda que resonó por todo el café;

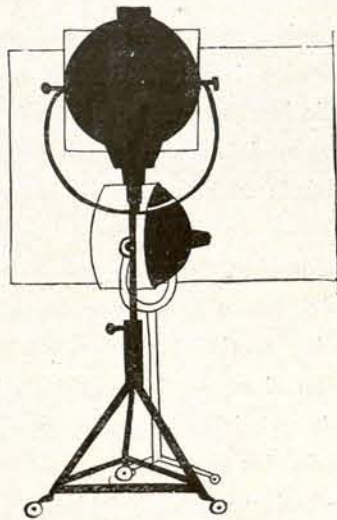
—¡...Y la suya también! Pero sepa usted que un Martínez, ni ha hecho ni hará películas a diez pesetas. ¡Ea!

Pasaron varios meses, durante los cuales Luis Alvarez fué un asiduo concurrente al mencionado café, y, sin saber en qué momento preciso, se dió cuenta de que era un «chico del cine». Sus amigos así lo decían, su patrona también, y—prueba la más concluyente—los contertulios, a quienes pagó el café más de una vez, ya no cambiaban de conversación cuando él llegaba a la mesa:

—Parece que Mengánz va a «rodar» algo, ¿sabes?, y —oye, dáme un cigarrillo—la película va a tener muchos papeletos. Zutánz ya firmó.

Pero, por fortuna, aquella película nunca se llegaba a «rodar», porque en cuanto el capitalista cambiaba dos palabras con «los del cine», se llevaba, casi siempre, un susto tan fenomenal, que no le volvían a ver en un quinquenio.

¿Qué era y cómo era una cámara cinematográfica?—se preguntaba muchas veces Luis Alvarez lleno de inquietudes y sinceridad. El conocía cámaras, ya lo creo: frigoríficas, nupciales, neumáticas, claras, etc. Pero de las otras, no. ¡Aquéllas eran un arcano indescifrable!



Alvarez sospechó muchas noches que sus compañeros de tertulia se hallaban en idéntica ignorancia. Porque, ¿quién iba a ser el guapo que llevara una cámara cinematográfica al café? Y, no siendo así, ¿cómo tener la oportunidad de ver una?

Pero al cabo del tiempo, Luis tuvo no sólo la oportunidad tan deseada de ver una cámara, sino de trabajar, además, ante ella. ¡Qué cosa maravillosa! Se le antojó un insecto de gran tamaño al que el fotógrafo había logrado domesticar: se levantaba, se agachaba, giraba su cabezón enorme en todas direcciones, y no apartaba jamás su mirada escrutadora del entrecejo de Luis. ¡Qué fuerza de voluntad se necesitaba para no caer en la tentación de mirarla también correspondiendo a su impertinencia!

Se trataba de una película de ambiente del siglo pasado, y Alvarez se creyó el más feliz de los mortales al verse ante el espejo recién «maquillado», con sus pantalones estrechos, un levitín de cerrada solapa y un sombrero hongo muy dig-

no, a pesar de sus manchones, rematado todo ello por un bastoncillo de junco que daba la mar de carácter. Sus cejas negras, su bigotillo, le hicieron sentirse orgulloso de su físico. Aquella cara de él era, sin duda alguna, muy fotogénica; se parecía, incluso, a alguno de los astros consagrados por el cine... John Gilbert, Ronald Coddamn, Gilbert Roland..., no podía determinar...

Pero su ilusión duró poco. Unos nenes que vagabundeaban por el patio—llamado estudio—pusieron muy cerca de Alvarez, y con un dedo en lo más profundo de la fosa nasal y señalándole con otro para evitar toda duda, le dijeron a boca de jarro:

—¡Anda ese! ¡Si parece Charlot!...

Alvarez amagó un puntapié destinado al niño y salió loco en busca de un espejo. ¡Recáspita! El angelito tenía razón.

Después de siete días de trabajar en «El valiente del mamporro», los ojos de nuestro ciudadano, presa de una conjuntivitis magistral, parecían hechos de Cantimpalos selecto. Así se hallaban de picanfes y coloradotes. El médico tuvo que hacerle dos visitas; la farmacia le costó más de cinco duros, y entre «taxis» y gafas ahumadas otros tantos. De manera que gastó bastante más que lo que le pagaron. Pero, eso sí, cuando por la noche entraba en el café con sus gafas ahumadas y guiándose por instinto hacia la mesa «del cine», se sentía tan ancho y orgulloso, que todo lo daba por bien empleado.

—¡Hay que conformarse, chico—le decía algún veterano—, las luces son nuestro peor enemigo!

Pero una noche aciaga—Alvarez no la olvida jamás—, el café se hallaba tan concurrido, que el lugar de las diferentes mesas había sido cambiado. Así es que al dirigirse a su sitio habitual en la penumbra de sus gafas ahumadas y sus ojos doloridos, palpando los respaldos de las sillas, tropezó con el hombro de un individuo. Volvióse el caballero, y al verle con las manos extendidas en suplicante ademán y unas enormes gafas ahumadas, siendo de noche, le dijo con la más caritativa de las voces:

—Perdone, por Dios, hermano.

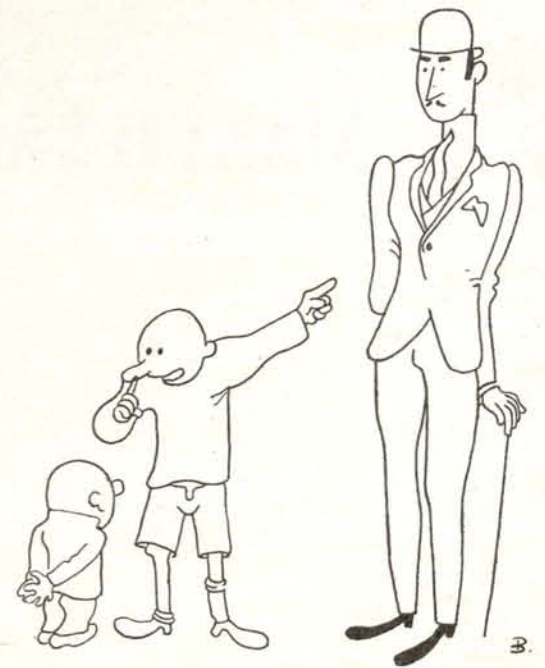
Alvarez sintió enormes deseos de abalanzarse sobre el infame y estrujar aquella garganta blasfema hasta convertirla en un calcetín, pero como no estaba seguro de acertar el sitio en que se hallaba la ruin, decidió adoptar una postura de dignidad:

—Yo no soy ciego-mendigo—exclamó—. Soy «estrella», señor, y por eso las luces son mi enemigo.

Al oír, asombrado, el individuo aquella extraña rima y la altivez del que así hablaba, se quedó sin aliento.

Alejóse Luis Alvarez del lugar, tropezando acá y acullá, y le pareció oír un susurro muy suave en el que figuraba la palabra «Leganés».

Sus amigos de la tertulia «del cine» le aseguraron que, desde aquella noche, el señor del incidente le miraba con mucho respeto.



Lubrificantes Americanos "KLIFF-LAND"

ACEITE PURO MINERAL 100 POR 100 SUPER-REFINADO PARA AUTOMOVILES Y TODA CLASE DE MAQUINARIA AGRICOLA E INDUSTRIAL

Exclusiva Región Centro: **FERNANDO GUTIERREZ**
Paseo de Santa María de la Cabeza, 1 - MADRID - Teléfono 71670

Los proyectos de Ernst Lubitsch

Desde que Ernst Lubitsch ha tomado la dirección de los estudios Paramount, parece concentrar todos sus esfuerzos en contratar directores de primer orden. Ha empezado por solicitar los servicios de King Vidor, que realizará «So red the rose» («Rojo como la rosa»), según una famosa novela de Stark Young. Sus principales intérpretes serán Pauline Lord, Fred Stone y Fred Astaire. Lubitsch ha contratado también a Lewis Milestone por un plazo de dos años. Milestone rueda en estos momentos «Paris en primavera», y empezará enseguida «13 hours by air» («Trece horas en avión»), con Gary Cooper y Carole Lombard.

Lubitsch ha anunciado que, mientras esté de director de la Paramount no dirigirá ninguna película por falta de tiempo, pues sus nuevas funciones le acapararán por completo.

¿Quién se encargará entonces del próximo film de Marlene Dietrich? La estrella alemana ha sido llamada a Nueva York para continuar filmando algunas escenas de «The Devil is a woman» («Capricho español»), y al mismo tiempo ha firmado un nuevo contrato con la Paramount por dos años, a razón de dos «films» por año, y con un sueldo de medio millón de dólares (cerca de cuatro millones de pesetas) por los cuatro films.

Mas como Sternberg se va de la Paramount, Lubitsch debía dirigir el próximo «film» de Marlene... ¿Quién le reemplazará? ¿Vidor, Milestone, Mamoulian o Frank Tuttle? ¿Y cómo «será» la nueva Marlene?

Erich von Stroheim vuelve

Erich von Stroheim acaba de firmar su primer contrato después de dos años de vacaciones forzosas. El que fué uno de los más grandes realizadores de films ha sido contratado por David Selznick para escribir un escenario original con destino a la Metro, y al mismo tiempo trabaja en la preparación del próximo «film» de Greta Garbo, «Anna Karenina», que dirigirá Clarence Brown.

El primer film de Fritz Lang en América

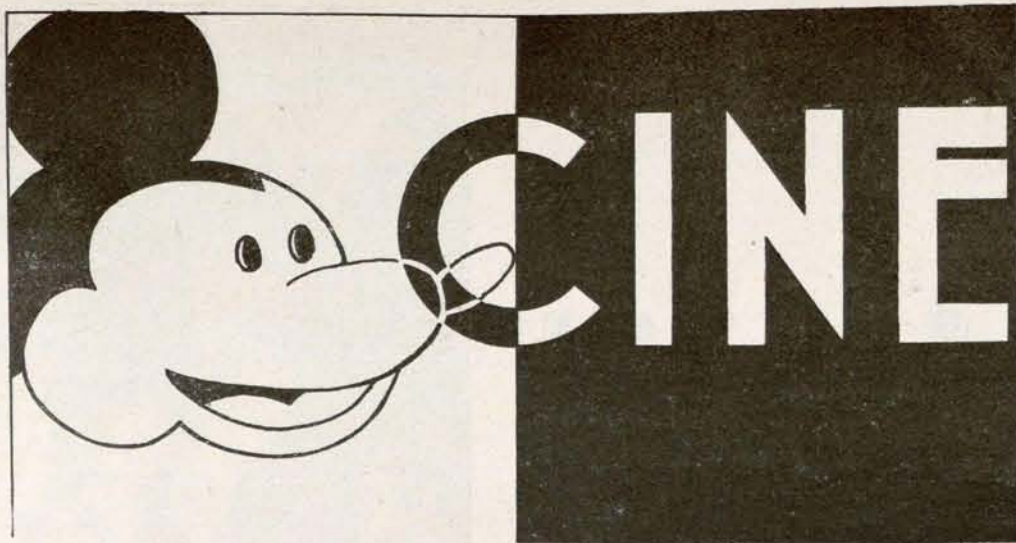
«Hell Afloat» («Infierno flotante») es el título de una misteriosa aventura marítima que dirigirá para el cinema, en Hollywood, el famoso «régisseur» alemán Fritz Lang. Se pensó para esta película en la pareja que forman Myrna Loy y William Powell; pero hubo que desistir de este propósito porque ambos artistas están ocupados en otros papeles.

«La historia de la aviación»

Este es el título del film que se prepara en Londres. Alexander Korda, que dirigirá esta producción, quiere reconstituir la maravillosa hazaña de Bleriot atravesando el Canal de la Mancha. También aparecerán en esta película Vedrines, Legagneux y todos los «ases» gloriosos de la aviación.

Ramón Novarro, director de películas

Ramón Novarro, cuyo contrato con la Metro acaba de vencer, abandona, por ahora, la interpretación de films para hacerse director. Por el momento dirigirá películas en español. La primera que ha empezado se titula «Contra la corriente», con José Caraballo, campeón de natación argentino, y Juan Alcañiz como principales intérpretes. Novarro ha escrito él mismo el escenario, y sus proyectos futuros dependerán del éxito de este primer ensayo.



Por GABRIEL GARCIA ESPINA



CONTROL CINEMATOGRAFICO

- «ALTO» Deténgase usted y lea: la película merece la pena.
- ⊕ «CUIDADO» Un film con determinadas debilidades artísticas.
- «SIGA» Obra deficiente que no merece ni que usted se detenga a considerar su título.

⊕ *Doce hombres y una mujer.*—Un argumento poco corriente en el manido cinema español llevado al celuloide de una manera desigual y desconcertante. Muy bien de fotografía, bien de escenarios y regular en todo lo

NANCY CARROL



que resta. Fernando Delgado es el realizador de este film, que en el mejor de los casos no añade ningún jalón ilustre a nuestra mediocre historia cinematográfica. Irene López Heredia, primera figura de la película, «dice» su papel con admirable empaque.

⊕ *Gente de arriba.*—Es una película con cierto contenido moralista y aleccionador, a la manera norteamericana, claro está. Interesa el film—más en la primera mitad—por el excelente trabajo profesional de los actores, sobre todo por parte de Warren Williams, sobrio y expresivo como nunca. Excelente en decorados y en «foto». Mary Astor—nuestra reverencia para su jugosa veteranía—y Ginger Rogers, la deliciosa «flapper», ocupan en el reparto los dos principales papeles femeninos.

⊕ *Mujeres peligrosas.*—Película tomada de una novela de Vera Gaspary por James Flood, con resultados felicísimos para el insomnio. Warner Baxter procura, como puede, evadirse del asedio de numerosas damas. No falta ni la consabida escena judicial con su

bello y plúmbeo diálogo. La interpretación no está mal. El maduro galán que nos ocupa se defiende dignamente ante el tomavistas. Ellas son: Rosemary Ames, Mona Barrie y Herrieta Crosma. La película no es que sea mala, pero... ustedes se harán cargo.

● *Cautivo del deseo.*—Un film ingrato y sombrío, interpretado por Leslie Howard. Bette Davies y Frances Dee, en un segundo plano de valores interpretativos, tienen a su cargo los dos opuestos papeles femeninos de la película.

⊕ *Stingare.*—Richard Dix nos trae a la grupa de su montura un buen puñado de incongruencias cinematográficas. Se trata de una leyenda australiana del siglo pasado, llevada a la pantalla de una manera primitiva, y no exenta de interés. Irene Dunne es la pareja de Richard Dix en esta película atrabiliaria y divertida en medio de todo.

⊕ *Bolero.*—Estimamos que George Raft no llegará nunca—acaso afortunadamente para él—a ese puesto privilegiado que parecen destinarle los productores yanquis. Buen actor, excelente bailarín en esta película, le falta algo—estatura y «perfil»—para llenar ese cupo de perfecciones varoniles, monótona y vulgarmente necesarias como cánón de belleza cinematográfica. «Bolero» es un film endeble de concepto, pero bien realizado. Ambiente de «avant» guerra, decorados lujosos y exactos, bella disposición escénica para los motivos coreográficos. Pero todo ello, más la belleza inquietante de Carole Lombard, no bastan a sostener el interés de un asunto monótono y falto de perspectivas para el cinema.

○ *El arrabal.*—Una buena película sobre un tema retrospectivo de la vida de Nueva York. Este matiz es acaso el menos interesante. El film está casi totalmente rodado en interiores y con admirable disposición. Luego, Wallace Beery, George Raft y Jackie Cooper, llevan adelante su trabajo con tan preciosa maestría, que sólo por esta interpretación rebuscante de gracia, de picardía y de ternura, merece el film la calificación excelente que no le regateamos.

○ *Dos en uno.*—Fritz Kampers al frente del reparto de este film, que ha resultado en primer término, muy gracioso. Y ya es bastante. Buena dirección de Fric, llevada con soltura y facilidad. Y bien de «foto» y de escenografía. La película divierte en extremo.

Noticias cinematográficas

La vida privada de Napoleón I.—Una vez que el gran director francés Duvivier haya terminado el rodaje del film «Gólgota», que actualmente realiza, emprenderá la impresión de un film histórico titulado «La vida privada de Napoleón I».

Sabemos que los documentos necesarios para construir este escenario han sido reunidos por una alta personalidad del mundo jurídico. Se dice que esta película supondrá un gran es-



ESTRENÓ En Capri nació un amor

Producción Hispano Fox Film

Huch Williams

Mona Barrie

Helen Twelvetrees

fuerzo del cinema francés en una época en que América e Inglaterra parecen ser las únicas que evocan en la pantalla los grandes personajes de la historia.

De Hollywood.—Warner Baxter ha sido clasificado en un reciente concurso como el mejor vestido de los 10 hombres más elegantes de Hollywood. En cuanto se ha conocido el resultado, Warner Baxter ha recibido infinidad de ofrecimientos extraordinarios de sastres, camiseros, zapateros y sombrereros de todo el mundo.

Los corredores de antorchas.—La Fox ha decidido llevar a la pantalla una célebre comedia americana que lleva este título. El film será dirigido por B. G. de Sylva e interpretado por Will Rogers en el papel principal.

Elisabeth Bergner.—El próximo film que interpretará esta gran artista alemana será «Juana de Arco», la heroína francesa, en la versión arreglada para el cine de la famosa obra de Bernard Shaw. Actualmente, Elisabeth Bergner está trabajando en Nueva York, donde consigue unos éxitos rotundos en la obra de teatro «Escape me never».

Proyectos para Jean Harlow.—La Radio Picture tenía la intención de filmar con Katharine Hepburn una adaptación de «La bella tarasca», y según la obra de S. H. Adams; pero después renunció a este proyecto. Y la Metro Goldwyn Mayer acaba de comprar los derechos de esta obra, que interpretará seguramente Jean Harlow.

Claudette Colbert.—La Paramount ha elegido como primera película para Claudette Colbert la obra «A Bride comes home» («Una recién casada vuelve a su casa»). Sus compañeros serán probablemente Fred Mac Murray y Ray Milland, los mismos de «The Gilded Lily» («Ida y vuelta»), con Wesley Ruggles de director. Pero antes de estos dos films, Claudette Colbert trabajaría para Columbia en «If you could only cook!» («¡Si supieses guisar por lo menos!»)

MIRIAN HOPKINS



A L I X

por

CLARE THORNTON

Contrariamente a su habitual temperamento apacible, aquella mañana Peter Milsom, sentado ante el escritorio de la oficina central de «Milsom e Hijo», hilvanaba pensamientos inquietos y confusos. Se iniciaba para él un día de mucha actividad, pues su tío, presidente de la sociedad, se hallaba ausente, acosado por uno de sus periódicos ataques de gota.

La firma «Milsom e Hijo»—el hijo había muerto en la guerra y Pete había sucedido en su cargo comercial—, ocupábase de la exportación de productos de la India, y aunque, debido a la crisis general, los negocios escaseaban, la situación no era, en su conjunto, tan mala como podría serlo teniendo en cuenta el difícil desarrollo del comercio internacional.

Las preocupaciones de Peter se centralizaban en una causa principal: esa misma mañana, indefectiblemente, debía telegrafiar a la sucursal de la firma en Calcuta, aceptando o rechazando la gerencia que se le ofrecía. Su tío veía en ello una excelente oportunidad y, financieramente, un movimiento de conveniencia.

Pero... ¡estaba Alix Grant!... El interrogante que vibraba constantemente en el corazón de Peter buscando con afán una respuesta feliz era si debía ir a la India por un par de años o permanecer en Inglaterra para dar amplia expansión a la profunda simpatía que por Alix sentía. Este dilema escapaba del conocimiento de su tío John, a quien poco interesaban las actividades de su sobrino fuera de las horas de oficina.

Habiendo dictado una docena de cartas a una rubia dactilógrafa que hubiera ciertamente perturbado la modalidad del más pacífico de los hombres, pero cuya gracia nada significaba para él, pues era pequeña y rolliza, lo que equivalía a la antítesis de Alix, Peter sentóse ante su escritorio, ensimismado en las reflexiones conectadas con el problema que le intrigaba sobremanera. En su actitud pensativa, sus dos ojos vivaces y serenos iluminan su rostro, ligeramente ensombrecido por la preocupación. El hecho era que Peter estaba ya más o menos enamorado de Alix, pero... sentía miedo. Miedo de no ser feliz en el casamiento que concebía y consideraba ineludible si afianzaba y acrecentaba aquello que era una simple simpatía. El no se había imaginado nunca que podría llegar a enamorarse de una muchacha del carácter de Alix. Había desechado siempre oportunidades en las que podría alternar con jóvenes locuaces, coquetas e indiferentes. No obstante, una noche conoció, en todo el auge del bullicio y la alegría, a la joven Alix, que evidenciaba en cada uno de sus gestos frívolos exactamente el polo opuesto de la mujer de sus ensueños.

¡Alix! Véala, imaginariamente, en todo el radiante esplendor de sus hechizos que tanto le subyugaban, sin desprenderse, en su visión, de aquella faz opuesta, que lo era su fría sensibilidad, y que él tanto desdénaba. Una silueta grácil, alta, delgada, de formas esbeltas; un rostro jovial y resolutivo al que dos ojos verdes y fríos daban encantadora expresión, constituían para Peter un hermoso motivo de ensueño, que disipábase de súbito al recordar aquella boca provocativa y pintada en la que nunca faltaba un cigarrillo.

Alix no estaba, sin embargo, acostumbrada a la molición. Con su gesto moderno y distinguido ocupaba un cargo importante en las oficinas de una firma de primer orden, en las que debía crear ideas relacionadas con decorados de interiores suntuosos. Tenía, además, infinidad de parientes con amistades encumbradas, por cuya circunstancia los pedidos inundaban el comercio, desde que ingresara a él. Era laboriosa en grado sumo, trabajaba con ahinco, y, hasta en el juego mismo se evidenciaba su gran afán de vencer, reduciendo a un mínimo sus ratos de ocio. Este exagerado concepto de la actividad disgustaba a Peter, cuyos ideales de feminidad los formaban cualidades tales como la dulzura, la consideración y la delicadeza. Había momentos en que Alix le desagradaba enormemente; pero no eran sino efímeros momentos,

Alix amenizó la fiesta, ejecutando al piano algunos «fox-trots» ligeros, a los que imprimía todo el brío de su ánimo juvenil.



consideraciones rápidas que se disipaban prestamente para dar lugar a pensamientos dulces, llenos de ternura, con los que engalanaba siempre el gratisimo recuerdo de Alix. De aquí que, si alguna sombría conjetura empañaba, por algunos brevísimos instantes, la encantadora visión de Alix Grant, durante largas horas desfilaban por su mente soñadora los exquisitos atributos de la muchacha.

Ella tenía infinidad de admiradores y él no tenía en qué fundar sus esperanzas. Hombres que gozaban de situaciones mejores que la suya, hombres mucho más atractivos que él, formaban la legión de sus fervientes adoradores. Pero ninguno de ellos se sentía optimista; los ojos verdes y fríos eran a menudo burlones y sarcásticos; aquellos labios pintados tenían un encanto penetrante y parecían murmurar constantemente audaces, cínicas palabras que, presentíase, eran movidas por la picaresca intención de provocar un comentario.

Peter se daba perfecta cuenta del carácter frívolo de Alix, y a no ser por su temperamento sensitivo y romántico desechando toda vacilación, todo razonamiento, le hubiera declarado su amor y si hallara de parte de ella una respuesta hostil, telegrafiaría de inmediato su aceptación a la oficina de Calcuta.

Pero la calma y la meditación constituían el temple mismo de Peter Milsom. El no estaba, en realidad, tan profundamente enamorado como para no poder razonar... Y la razón le decía: «Eres un insensato si te casas con mujer tan frívola, con tan despiadada y egoísta criatura. La vida con ella sería imposible para ti luego de un tiempo. Eres de un corazón demasiado tierno, de un carácter demasiado sano e idealista para convivir con tendencias tan opuestas. Vete pronto, que ya hallarás la mujer de tus sueños.»

La noche anterior, en la velada ofrecida por los Crests, ella había sido, como siempre, la figura central. Sin embargo, no era la más bulliciosa de las jóvenes, pues, en realidad, su trato, dentro del carácter jovial que le distinguía, era sobrio y afable. Pero había en sus modales un encanto tan particular, partía de aquella exquisita figura una corriente tan familiar de simpatía y distinción, que prácticamente todos los invitados de la fiesta la consideraban el motivo mismo de la reunión, colmándola de atenciones y de cumplidos.

Accediendo gentilmente al unánime pedido de los presentes, Alix amenizó la fiesta ejecutando al piano algunos «fox-trots» ligeros, a los que imprimía todo el brío de su ánimo juvenil. Peter sabía muy bien cuán difícil le resultaría despedirse de ella esa noche y partir, pues el acecho inextinguible de su retrato perseguirle pertinazmente. Vería en todo momento la profunda blancura de sus manos, que se posaban con hábil movimiento sobre el teclado de aquel piano obscuro, al que ella daba todo el impulso animoso de su espíritu y del que sabía arrancar, con singular maestría, el verdadero ritmo de la «jazz» chillona y trivial. Vería a cada instante a Alix Grant, pletórica de encantos, su delicado cuello parcialmente cubierto por algunos bucles de azabache que rozaban ligeramente su cutis aterciopelado, toda vez que, con un gracioso movimiento de cabeza, retribuía una lisonja o festejaba

algún cumplido. Y vería también... dando las últimas bocanadas de humo de su infatigable cigarrillo.

Sus modales denotaban que nadie podría ejecutar esa clase de música con tanto acierto. Y luego, de súbito, dejó el piano y se puso de pie. ¡Oh, la sublime esbeltez de ese cuerpo armonioso en aquel atrevido vestido blanco! Y se volvió hacia él, dirigiéndole una mirada firme y fugaz, como significándole que, no obstante la semiobscuridad del salón, ella sabía donde él estaba sentado.

—Ven, baila conmigo, Peter.

El consintió, pero siempre sin desprenderse de su tenaz razonamiento que lo inmunizaba del peligro que irradiaba la seductora belleza de aquel cuerpo de coqueta. Estaba firmemente determinado a no ceder. ¡No! No podría ceder. Sería un insensato. Una muchacha moderna, indiferente y fría calculadora; que cultivaba la «jazz» y sus frívolos anexos. ¿Qué bondad, qué ternura podría alojarse en el corazón de la pobre Alix? El tipo de mujer que ella encarnaba era el que siempre había temido y eludido.

Por un momento pensó si no lograría ella seducirlo, si se lo propusiera. Alix había invitado a bailar. Otras jóvenes, por el contrario—las del temperamento femenino que a él agradaba—, esperaban que los caballeros las solicitasen. Estas y muchas otras reflexiones forjábale Peter, inducido por la vacilación a que le abocaba el hechizo de una mujer frente a sus defectos más sobresalientes. Concebía el sentimental cuadro de una joven madre de rostro dulce y candoroso, sentada, en la feliz quietud del hogar, meciendo amorosamente a su querido niño, que tenía fuertemente asido en sus brazos, prodigándole todo el calor de su cariño materno. Imaginaba también la risa burlona y ligera de Alix si le fuera ensalzada la profunda belleza de una escena tan conmovedora. Parecía oír, con precisión, su voz vacía y cruel, al concretar desdefiosamente su material respuesta:

—Nada de niños.

De sus gestos, de su temperamento, transfundíanse claramente estas presunciones. Alix era moderna...

Una ráfaga de disgusto y repulsión detuvo el desfile de sus reflexiones. La sola idea de entregar su vida en manos de una mujer así le torturaba.

Sería una locura. Pocos minutos más tarde su actitud estaba decidida. Telegrafió a la oficina de la firma en Calcuta comunicando aceptar la oferta y que partiría dentro de una quincena.

Llegó la hora del almuerzo. Pensó que sería quizás conveniente que se pusiese el gabán. El cielo estaba cubierto de espesos nubarrones. Al mirar por entre los cristales de la ventana vio lo que es sumamente común en las calles de Londres: un hombre arrollado por un automóvil.

No podría decir exactamente cómo se produjo el accidente. Hubo, en tumultuosa confusión, gritos de espanto, ruido de frenos, precipitación de transeúntes, y luego, el coche que había provocado la desgracia se detenía. Otros coches se detuvieron también. La gente formaba círculo alrededor de algo obscuro que había quedado tendido en el suelo.

—¡Qué veo, mi Dios!—dijose para sí, sorprendido.

Una joven alta, vistiendo un traje claro, abrióse paso autoritariamente entre la muchedumbre y arrodillóse resueltamente al lado de la víctima. ¡Era Alix!

Como siempre, ella dominaba. La gente se retiró a su pedido al tiempo que ella levantaba delicadamente la cabeza del hombre herido. Un policía se acercó junto a la joven, indagándole, a lo cual ella contestaba con presteza, no sin desatender su humanitaria tarea.

La sorpresa causaba a Peter una extraña conjunción de efectos: estupor primero, dolor y regocijo después. Por brevísimos instantes se resistía a creer lo que sus ojos presenciaban. Bajó velozmente las escaleras sin esperar el ascensor. Los curiosos formaban ya una masa compacta; se mezcló en ella, pues felizmente era alto y podía ver por sobre las cabezas de los demás. Debajo de la cabeza del infortunado peatón, que descansaba sobre las rodillas de Alix, una gran mancha de sangre se extendía rápidamente sobre el vestido de la muchacha. Peter pudo observar este detalle sombrío aprovechando el claro que dejaba un policía al moverse para recoger los datos del accidente.

Y prosiguieron a la escena los procedimientos que siempre se adoptan en estas circunstancias. Los policías detuvieron al conductor, cuyo rostro lívido y nervioso denotaba la agitación que tan ingrato suceso le ocasionaba. Peter contemplaba la escena, y su gran asombro acrecentábase más y más al observar la noble y tierna actitud de Alix, que difería tanto del concepto que de ella se había formado. Atónito, no cesaba de mirarla, en toda la magnífica expresión de ese gesto tan digno. ¡Era asombroso! Ella, Alix, solícita, buena, de corazón...

¡Y pensar que era la Alix de la noche anterior, sentada ante el piano de los Crests, imprimiendo bulliciosos y ligeros aires de «jazz», entornando con maliciosa intención sus ojos fríos de coqueta!...

¡Alix, que contestaba con burlona ironía a todo cuanto de tierno y femenino se hacía mención! ¡Cuyos labios pintados decían siempre, audaces, cínicas palabras! ¡Alix, a quien él suponía carente de sentimientos!...

Su rostro era ahora maravillosamente dulce; sus blancas manos prestaban un auxilio de misericordia.

Procedíase a practicar las primeras curas a la víctima mientras se aguardaba la llegada de la ambulancia. Cuchicheos, conjeturas de circunstancia que partían de los labios de los presentes, contribuían a aumentar el desconcierto de Peter.

—Cruzaba sin mirar... No puede culparse a nadie.

—¡Qué muchacha bondadosa!...

—¡Habrà muerto?

—Ya llega la ambulancia.

El estridente sonido de la campana del vehículo dispersó el grupo de curiosos. No obstante, permanecían obstinadamente en la acera, saciando sus ávidos deseos de sensación.

Y Peter veía, por sobre las cabezas de la gente, a los empleados recogiendo el cuerpo inmóvil del infortunado peatón y colocarlo en la ambulancia. Cubría su frente la venda que Alix le colocara, ya completamente cubierta de sangre.

Los agentes ordenaron descongestionar el tráfico, y paulatinamente la calle fué asumiendo su aspecto normal.

Peter tocó suavemente el brazo de Alix, quien se volvió rápidamente.

—¡Oh! Tú, Peter... Naturalmente, tu oficina queda por aquí. Yo...

En lugar de terminar la frase, dirigió una mirada a su vestido. Peter despojóse de su sobretodo y, ofreciéndoselo a la muchacha, insinuó:

—Tomaremos un «taxi».

Así lo hicieron, ante el asombro de los pocos curiosos que aún quedaban en el lugar.

◆

En el coche, Péter acercóse hacia ella, tomándola del brazo. Vió que algunas lágrimas deslizábanse por sus mejillas y llegaban hasta sus labios pintados y trémulos por efectos de la excitación. Alix no se preocupó por secar esas lágrimas, que eran para Peter la feliz revelación del profundo sentimiento que ocultaba ese subterfugio de coquetería. En sus manos crispadas y frías quedaban aún vestigios de sangre.

—¡Oh! Peter...—suspiró ella.

—Ya lo sé, querida. Es horrible; tú eres maravillosa.

—Pero... Ha muerto, ¿tú sabes?

—No lo sabía. ¿Estás segura?

—¡Oh! Sí; me lo dijo el agente, y pude comprobarlo yo misma. ¡Oh!... No puedo soportar esta visión de horror.

—Querida Alix. Lamento mucho que hayas tenido que presenciar un espectáculo tan triste.

—¡Qué triste morir así!... Tanta gente contemplando su agonía... Ninguno capaz de hacer algo por salvarlo...

Pronunciaba entrecortadamente estas palabras con voz áspera y agitada por la emoción. Sus lágrimas sinceras mezclábanse con la engañosa pintura de sus labios. Su boca trivial, su rostro de coqueta hallábase ahora congestionado por el dolor que la exquisita ternura de su alma femenina no supo disimular.

El trató de reconfortarla:

—El pobre no se daba cuenta que la gente lo miraba morir.

—Sí; eso es cierto. ¡Oh! ¡Qué contenta estoy de que te halles aquí, Peter!

—Y yo también, Alix.

Le tomó con dulzura la mano manchada de sangre—aquella mano hábil y fría que bosquejaba líneas decorativas con el propósito de ganar dinero, aquellas manos inquietas y nerviosas que sobre el teclado del piano traducían la voluble modalidad de su alma trivial—, aquellas manos que él ahora adoraba porque las había visto actuar generosas, tratando de mitigar un dolor, prestando un magnífico socorro... Vería ahora en ella el rostro dulce y delicado de la mujer de sus sueños. Veíala sentada meciendo amorosamente a su querido niño, que estrujaba contra su pecho, al recordar la

V. F. C. Oviedo.—No están mal sus cosas, pero deben ustedes huir de la influencia de lo "demasiado simple", que es tan afectada como lo demasiado complejo. La poesía tiene que ser algo más que verbalismo brillante, y lo mejor que ustedes, hombres del norte, pueden hacer, es no someterse demasiado al influjo de la lírica andaluza contemporánea, que si ya es bastante falsa en sus autores, lo resultará muchísimo más en sus imitadores, por discontinuidad de sentimiento y de ambiente. Lo importante hoy en España no es tanto el descubrir brillantes individualidades, sino ahondar en los rasgos diferenciales de cada región, para que la poesía peninsular vuelva a tener el gran sentido polifónico que tuvo en el romanticismo. Contra el "imperialismo" del sur, tan respetable sin embargo, debemos reaccionar todos para volver a una exacta conjugación de estética y medio. No vean su mundo a través de lecturas, sino a través de ustedes mismos. Esto y saludos a esa animosa peña.—**B.**

L. C. F. Naval Moral.—Sobre lo mismo tenemos centenares de originales. El ser joven es algo más que tener pocos años, supone también ver el mundo con una mirada más recién nacida. Piense otra cosa menos sobada.

C. P. Madrid.—Muy convencional y muy para la moraleja de su cuento. Mándenos algo más real, que lo hará usted muy bien, señorita.

R. P. N. Barcelona.—Sus dibujos, magníficos. ¡Ya teníamos esta opinión hace dos años, cuando los hemos visto en la revista italiana donde usted los copió con tan benedictina prolijidad!

R. S. Zaragoza.—¡Nada, que es usted un carámbano! Que plagie usted al moro Muza, vaya, y pase porque a este autor apenas si lo leyó el señor Cotarelo; pero que nos endilgue usted páginas de Pío Baroja, con las que hemos destetado nuestra lejana impericia literaria...

M.—Esas cosas no están bien que ocurran; pero está muchísimo peor el contárselas a la gente. ¿Le parece a usted que hay pocas publicaciones dedicadas a ensalzar la cochambre de la España negra? Y, aunque no hubiese ninguna, no seríamos nosotros los que empezásemos.

A. V. I., Palma.—Hemos recibido sus cosas. Lo enviado no nos satisface.

J. O. A., Valencia.—Ya ha visto usted que tenemos las mejores intenciones; pero esto de ahora no nos sirve. Mándenos cosas más vivas, más periodísticas. Todos los números, hasta el 11, están agotados.

A. C. P., Córdoba.—No, no. Demasiadas penas, guitarras y alelís. ¿Cuándo van ustedes, los andaluces, a cambiar el disco?

J. M. G.—Irà "La sirvienta". El resto es falso. ¿Por qué no insiste en estos temas humildes, que usted ennoblece con tanta maestría? ¡Pero, señor, qué ganas de dar rodeos!

frente ensangrentada de aquel extraño que descansaba sobre sus rodillas.

—Me molesta ser... tan débil, Peter—dijo, aún embargada por el sollozo, al tiempo que secaba sus lágrimas con el pañuelo.

—Esto no es debilidad, querida: es...

Pero no halló las palabras adecuadas para expresar lo que significaba aquello que ella calificaba de debilidad.

Subieron hasta el piso donde ella habitaba.

—Entra, Peter, que improvisaremos un almuerzo frugal.

—Con mucho gusto.

El botones del ascensor trató de ocultar su sorpresa ante el cuadro extraño que presentaba la joven, envuelta en un sobretodo de hombre, su rostro humedecido por las lágrimas. A ella no le importaba el juicio de terceros. Nunca le había importado el comentario de los demás.

En el pequeño «hall», Alix le dijo:

—Anda al comedor y prepara dos cócteles, Peter, mientras yo me cambio.

—Lo haré, pero es preciso que hable primero por teléfono. Tengo que transmitir una importante comunicación.

—Bueno, ya sabes dónde está el aparato.

Y Peter obtuvo la comunicación que deseaba. Era el envío de un telegrama a la oficina de la firma de Calcuta, anulando el mensaje en el que una hora y media antes había anunciado la aceptación del cargo que se le ofrecía.

—Me molesta ser tan débil, Péter—dijo, aún embargada por el sollozo.



Promesas

POR
JACK LONDON

ILUSTRACIONES DE ARTECHE

La señora Sayther apareció en Dawson y desapareció de allí como un meteoro. Llegó en trineo, con los últimos hielos, y se marchó en barco al primer deshielo, después de haber brillado, durante poco más de un mes, en las esferas sociales de los solitarios «Four Hundred», que la recibieron con los brazos abiertos y lamentaron su despedida amargamente. La señora Sayther era simpática, fascinadora y viuda; y estas cualidades le aseguraron, mientras estuvo allí, la admiración de todos los hombres.

Los directores de las minas veneraban aún la memoria de su difunto marido, el coronel Sayther; y los hombres de negocio recordaban, con cierta discreción respetuosa, la forma en que aquel hombre cerraba los tratos de compra y venta. En efecto, el coronel Sayther había gozado de mucha fama en el ambiente minero de los Estados Unidos y en los bursátiles de Londres. Para aquella gente práctica e incapaz de razonamientos teóricos, la llegada de la señora Sayther constituía una gran interrogante, y, para muchos de ellos, una cuestión personal. Pero la señora Sayther resolvía rápidamente todas aquellas cuestiones «personales» con rápidos y decisivos rechazos. Su partida disipó muchas ilusiones, pero la gran interrogante quedó abierta.

La respuesta a esa interrogante fué dada por el azar a Jack Coughran, la última víctima de los encantos de la viuda. Jack Coughran había arrojado a los pies de la señora Sayther su propio corazón y muchos millones de dólares; pero la viuda no se dignó recoger el corazón ni los dólares. En una de sus peregrinaciones nocturnas, Coughran tropezó con Peter Fontaine, el jefe de los guías francocanadienses, que había estado al servicio de la señora Sayther. Entre los vapores de una borrachera común, los dos hombres charlaron largo rato.

—¿Usted me pregunta por qué la señora Sayther visita estos lugares?—barbollaba Peter Fontaine—. Mejor será preguntárselo a ella. Todo lo que puedo decirle es que a cada rato la señora pregunta por un hombre a quien no conozco. «Peter—me dice—; Peter, si encontramos a ese hombre, le daré mucho dinero. Ayúdeme...» ¿Quién es ese hombre?... ¿Cómo se llama?... David Payne... *Oui, M'sieu*: David Payne. La señora no hace más que repetir ese nombre... Y yo busco por todas partes, y no consigo encontrar a ese hombre. ¡Maldito sea!... Una vez nos topamos con algunos tipos de Circle City que le conocían... La señora, contenta, me dijo: «Peter, prepare los perros. Vamos a Circle City. Si encontramos a David Payne, le daré mil dólares más.» Y yo le contesté: «*Oui, enseguida. Allons, madame.*»...

»Pero... ¡al diablo!... Llegaron otros tipos de Circle City y nos dijeron que aquel hombre había vuelto a Dawson. Y por eso no hicimos el viaje. La señora ahora me ha dicho: «Peter: compre un barco, que mañana bajaremos siguiendo la corriente del río. Sí, mañana...»

Y, al día siguiente, ya disipados un poco los vapores de la borrachera, Jack Coughran difundió la gran noticia, y todos los habitantes de Dawson se esforzaron por descubrir quién era David Payner y qué relación existía entre él y la llegada de la señora Sayther. El mismo día, como Peter anticipara, la señora Sayther se embarcó hacia el sur, hacia el dédalo de las islas.

—*Oui, madame*: éste es el puesto. Una, dos, tres islas al sur de Stuart River. Y ésta es la tercera isla.

Un ágil marinero saltó a tierra y, con una cuerda, sujetó la embarcación a la orilla.

—Un momento, *madame*. Voy a ver si no nos equivocamos. Un coro de ladridos saludó la aparición del hombre. Este regresaba poco después para anunciar a la señora:

—*Oui, madame*. He visto la cabaña. Pero en ella no hay nadie. Sin embargo, el hombre no puede tardar, porque, si no, no hubiera dejado los perros solos en la isla.

—Ayúdeme a bajar, Peter. Estoy cansada. Me parece que hubiera podido prepararme una cucheta más blanda.

Y Karen Sayther se incorporó, apartando las pieles que la cubrían. Era frágil como un lirio, y sus miembros delicados poseían una fuerza oculta que se reveló en la energía con que su mano blanca se aferraba al brazo de Peter.

Avanzaron hacia la cabina. La mujer miraba aquella construcción con mucha reverencia. Quiso examinar el interior por la ventana, pero el papel aceitado que hacía las veces de vidrio no ofrecía mucha transparencia. La mujer fué entonces hasta la puerta y la abrió, aunque sin atreverse a entrar. De pronto, ante la perplejidad de Peter, cayó de rodillas y besó el umbral de la cabina.

Peter, para disimular su extrañeza y su emoción, dió algunas órdenes a los guías. Y como la señora parecía agotada de cansancio, la cucheta de a bordo fué llevada a tierra.

Tendida de costado sobre las pieles, la señora miraba con

fijeza la inmensa cinta del Yukón. Sobre las montañas, en la otra orilla, el cielo se velaba con enormes espirales de humo, que ascendían de las selvas invisibles. El sol, casi en el ocaso, brillaba débil y frío, difundiendo sobre la tierra una luz vaga y dibujando sombras irreales. En el horizonte, las islas esfumadas, las aguas oscuras y profundas, los promontorios rocosos marcaban, como anchas heridas, el immaculado caudor de la soledad. Ningún signo de vida humana. El paisaje parecía desvanecerse envuelto en el misterio de lo infinito.

Por todo eso la señora Sayther debía estar tan nerviosa. Cambiaba a cada rato de posición, mirando ya hacia las fuentes, ya hacia la desembocadura del río.

Una hora después, los marineros fueron enviados al interior de la isla para que preparasen el campamento; pero Peter se quedó en la orilla, junto a su patrona.

Un largo silencio. Luego, Peter dijo:

—Allá viene.

Una canoa de dos remos se acercaba a favor de la corriente. Un hombre a popa y una mujer a proa remaban con esfuerzo parejo. La señora Sayther no reparó en la mujer sino cuando la embarcación estuvo muy cerca. Y le impresionó la extraña belleza de aquella muchacha: un saquito de piel de alce, fantásticamente bordado de perlas, dibujaba las líneas armoniosas de su busto, y un pañuelo de colores cubría con gracia sus cabellos tupidos, de un negro azulado. Pero fué sobre todo el rostro, un rostro como esculpido en bronce, lo que impresionó a la señora Sayther. Los grandes ojos negros, un poco oblicuos, se abrían luminosos bajo el arco sutil de las

cejas; y sus mejillas, un poco salientes, armonizaban maravillosamente con la línea suave de su boca. Era un rostro que denunciaba su lejano origen mongol, a pesar de la nariz aquilina. Sangre tártara y sangre india se habían mezclado, a través de muchas generaciones para producir aquella belleza.

La canoa llegó a la orilla. Un instante después, la muchacha saltaba a tierra, sosteniendo por un lazo media res de alce. El hombre saltó tras ella. Entre los dos pusieron la canoa en seco, mientras los perros de la cabina se abalanzaban hacia ellos, ladrando y gruñendo de contento. La muchacha aplacó el entusiasmo de los perros con voz cariciosa.

Y sólo entonces la mirada del hombre se posó en la señora Sayther, que se había incorporado. Se restregó los ojos, como quien cree engañarse, y volvió a mirarla.

—Karen—dijo, por fin, yendo hacia ella y tendiéndole simplemente la mano—. Tuve por un momento la impresión de que soñaba. La primavera última, mis ojos se enfermaron por efecto de la nieve, y desde entonces me juegan malas pasadas.

La señora Sayther, con el corazón agitado y el rostro en llamas, consiguió dominarse a pesar de que esperaba cualquier acogida menos aquella, tan sencilla y tan vulgar. Estrechó la mano del hombre y dijo:

—Muchas veces me propuse venir, David. Y lo hubiera hecho antes si no hubiese sido porque...

—... yo no daba señales de vida...—completó David, riendo, y esperando que la muchacha indígena desapareciese en el interior de la cabina.

—Entiendo, David. En tu lugar, yo habría hecho lo mismo. Pero ahora he venido, y...

—Supongo que dispondrás de tiempo como para visitar la cabina y tomar algo—le interrumpió David—. Estarás cansada. ¿De dónde vienes? ¿Bajaste por el río? ¿Pasaste el invierno en Dawson?... ¿Cómo andan tus campos?...

La mirada del hombre se detuvo sobre los guías un breve instante. Luego, el hombre abrió la puerta de la cabina e hizo pasar a la señora Sayther.

—Estuve en Circle City el invierno pasado—explicó enseñando David—. Me quedé allí algún tiempo. Ahora estoy pensando en comprar algunos lotes de tierra en Henderson Creek; y si los negocios me van mal, me quedaré aquí...

—¿Has cambiado mucho, David?—preguntó la señora Say-

(Continúa en la página siguiente.)



—Supongo que dispondrás de tiempo para visitar la cabina y tomar algo—le interrumpió David.

ther, deseosa de llevar la conversación a un terreno más personal.

—No estoy tan gordo, y tengo más músculos—sonrió el hombre—. ¿No te parece?

Karen Sayther se encogió de hombros, como no dando importancia a esa observación, y contempló a la muchacha indígena, que encendía el fuego y se disponía a freir unas tajadas de alce con trozos de tocino.

—¿Estuviste mucho tiempo en Dawson?—preguntó el hombre con naturalidad.

—Pocos días—contestó Karen Sayther, siguiendo a la muchacha con los ojos—. Apenas un mes. Y estoy contenta de haber salido de ese infierno. Los hombres, en estos parajes, son un tanto primitivos, y no saben dominar sus impulsos.

—Es que aquí desaparecen todos los convencionalismos, Karen. Pero has hecho bien en marcharte de Dawson... Se acerca la estación de los mosquitos, y tú no puedes imaginarte qué significa eso.

—Tal vez... Pero háblame un poco de ti mismo y de tu vida. ¿Tienes vecinos? ¿O estás solo?...

Mientras Sayther hablaba, sus ojos no se apartaban de la muchacha, que, con una calma asombrosa, pulverizaba ahora los granos de café entre dos fragmentos de cuarzo.

David Payne reparó en la curiosidad de Karen. Y una ligera sonrisa asomó en sus labios.

—Tuve algunos compañeros—contestó—. Pero todos se fueron a Eldorado.

La señora Sayther preguntó de pronto, mirando a la muchacha con más fijeza:

—¿Hay muchos indígenas aquí?

—Los indígenas se han ido a Dawson hace tiempo. Por aquí no hay un solo indígena, a excepción de Winapie, que es una *koyotuk*. Vino de muy lejos, a lo largo del río.

Una súbita debilidad física invadió el cuerpo de la señora Sayther. Le pareció que el rostro del hombre se alejaba hasta perderse en el infinito. Y tuvo la impresión de que las paredes de la cabina empezaban a girar en torno a ella.

Se aferró a la mesa. La indígena, entretanto, servía la comida. Y sólo cuando la cena terminó, pudo la señora Sayther reaccionar por completo, sobreponiéndose a aquella inexplicable debilidad.

Durante la cena, la señora habló poco. David, por el contrario, disertaba con elocuencia acerca del trabajo en los meses de verano y del aburrimiento en los meses de invierno.

—¿Y no me preguntas por qué he venido hasta aquí?—le preguntó Karen Sayther—. No puedes ignorarlo—agregó, incorporándose, mientras David Payne tomaba una rama de abedul—. ¿No recibiste mi carta?

—¿Una carta reciente?... No. Quizá viaje hacia Birch Creek, donde estuve un tiempo; o acaso se haya quedado olvidada en alguna estación del Lower River. El correo tiene aquí una organización deplorable.

—¿Por qué me contestas así, David?—se quejó Karen; y el tono de su voz fué firme como un témpano—. ¿Por qué no me preguntas nada de mí misma ni de nuestros comunes amigos?... ¿Ya nada te interesa en el mundo?... ¿Sabes que mi marido ha muerto?...

—¡Oh! Mis condolencias... ¿Hace mucho?

—¡David!...—el grito se le murió en los labios—. ¿Nunca recibiste ninguna carta? Alguna debió llegarte, aunque no me la hayas contestado.

—Evidentemente, no recibí la última, en que quizá me anunciabas la muerte de tu marido. Y alguna otra se habrá perdido también. Pero... una que otra llegó a mis manos, sí. Se las leí a Winapie, para que aprendiera algo... ¿entiendes? Para hacerle conocer la maldad de sus hermanas, las mujeres blancas. Y creo que esa enseñanza le ha valido de mucho. ¿No opinas lo mismo?

Karen eludió el tema:

—En mi última carta, que no recibiste, yo te hablaba de la muerte del coronel Sayther. Hace un año de eso. Y te decía también que si no regresabas a mi lado, yo vendría a buscarte. Y como te lo prometí, vine.

—No sé nada de esa promesa.

—¿Y mis primeras cartas?—dijo ella recostándose desahuciente sobre unas mantas.

—Tienes razón. Pero como yo no pedí ni acepté nada, la promesa carece de valor. En resumen: ignoro la existencia de esa promesa. Sé, en cambio, de otra que tú también has de recordar. Una promesa de otros tiempos—David levantó la cabeza, y sus manos abandonaron la rama de abedul—. De tiempos lejanos. Pero yo no me he olvidado de ese día ni de sus menores detalles. Estábamos en un jardín florecido de rosas. Tú y yo... En torno nuestro todo era una promesa de nueva vida. Y la primavera fermentaba en nuestra sangre. Y yo me incliné sobre ti por primera vez, y te besé en los labios. ¿Te acuerdas?

—¡Calla, por favor! Yo revivo continuamente esos instantes. ¡Cuánto he llorado! ¡Si pudieses comprender cuánto he sufrido!

—Y prometiste ser mía, repitiéndome esa promesa millares de veces en los dulces días que siguieron. Cada mirada de tus ojos, cada caricia de tus manos, cada palabra de tus labios, era una nueva promesa. Luego..., ¿necesito recordártelo?... Llegó un hombre. Viejo, tan viejo, que podía ser tu padre; pero, según la gente decía, «distinguido». Era un hombre que nunca había violado la ley; es decir, un hombre respetable. Y tenía muchas minas: veinte, por lo menos... Y usaba libreta de cheques. Ese hombre...

—Pero hubo otras cosas—le interrumpió Karen—. Presiones familiares, negocios que iban mal... Estábamos en la ruina. Deberías comprender cuál era la situación de los míos. Yo tenía que sacrificarme o sacrificar a mis padres... Tú no has sido justo conmigo, David. Nunca quisiste comprender, escu-



La mirada del hombre cayó sobre Winapie, que salía a llevarle la comida a los perros.

char... ¡Piensa en todo lo que debí sufrir! No procedí por mi propia voluntad, sino...

—¿No procediste por tu propia voluntad, Karen?... ¿Qué si no tu propia voluntad podía obligarte a ir hasta el lecho de aquel hombre?

—Pero yo siempre me interesé por ti...—dijo ella, incorporándose.

—Yo no compartía tu opinión sobre el amor, Karen. Por eso no pude comprender nada de aquella.

—Pero ahora, ahora...

—Ahora estamos hablando del hombre con quien accediste a casarte. ¿Qué hombre era, Karen?... ¿Podría atraerte, podía cautivar tu alma?... ¿Tenía cualidades superiores?... Sí; tenía garras de oro, fuertes garras de oro. Y en ellas te apresó. Era, además, muy experto en las negociaciones que rinden el cien por cien. Hombre sin inteligencia, intuía, no obstante, la debilidad de los demás hombres, y se apoderaba siempre del dinero ajeno. Y las leyes no podían condenarlo. No era, según el criterio de la sociedad, un malhechor. Pero ¿ante tu conciencia, Karen, ante la mía?... Para nosotros, que soñábamos en el jardín... ¿qué era aquel hombre?...

—¡Recuerda que ha muerto, David!

—Pero la verdad no cambia por eso. ¿Qué fué aquel hombre?... Un materialista grosero, sordo a la poesía, ciego para la belleza e insensible a toda espiritualidad.

—Ha muerto, y nosotros vivimos ahora. Ahora, ¿entiendes?... Escúchame, David. Yo fui inconstante, pequé; es cierto. Violé mi promesa; pero... ¿no la violaste tú también? Tú me decías, en el jardín de las rosas, que tu amor era eterno. ¿Y dónde está ese amor?

—¡Está aquí!—gritó David, golpeándose el pecho con la mano abierta—. ¡Aquí, donde estuvo siempre!

—¡En el jardín de las rosas me dijiste que tu amor era grande, tan grande, que ningún otro amor podría superarlo!... Sin embargo, no es lo bastante grande, lo bastante sublime para concederme el perdón a mí, que lloro a tus pies.

El hombre vaciló. Su boca abrióse, pero las palabras salie-

ron en vano de aquellos labios. David veía su propio corazón desnudo; y lo sentía afirmar la verdad que durante tanto tiempo quisiera ocultarse a sí mismo. Y Karen era hermosa en el ardor de su pasión: era el recuerdo y la promesa de una vida más fácil y serena.

David volvió la cabeza para no verla; pero Karen, arrastrándose en el suelo, se colocó otra vez bajo los ojos del hombre.

—¡Mírame, David; mírame! Soy siempre la misma. Y tú también. No hemos cambiado.

Las manos de Karen ascendieron por el cuerpo de David, hasta presionarle los hombros. Y David se inclinaba ya hacia ella cuando el crepitar de un fósforo le hizo enderezarse.

Winapie, indiferente a la escena que se desarrollaba junto a ella, arreglaba la mecha de la lámpara. Y la luz iluminó de pronto, contra el fondo oscuro de las paredes, su belleza bronceada, de tibios reflejos dorados.

—Mira...—dijo David a Karen, apartando suavemente la cabeza rubia de la viuda—. ¿No ves?... No puede ser. Es imposible, imposible...

—Yo no soy una chiquilla, David—contestó ella—. Y no tengo las ilusiones de una chiquilla—. Sin atreverse ya a acercar su rostro al del hombre, continuó: Veo la vida con ojos de mujer que conoce el mundo. Los hombres son hombres. No me considero ofendida. Lo adiviné todo desde el principio... Pero ¿se trata de un matrimonio al estilo de estas regiones, o... de un verdadero casamiento?

—En Alaska no se hacen esas preguntas.

—Lo sé, pero...

—Ya que te interesa: es un matrimonio al estilo de estos lugares, nada más.

—¿Tienes hijos?

—No.

—¿Crees que tendrás uno pronto?

—Tampoco. Pero te repito... que no puede ser.

—¿Por qué, David?—exclamó Karen, acariciando levemente-

ÚBEDA, JOYA DEL RENACIMIENTO

Por SALVADOR V. DE LA TORRE



Portada del Sur, Basilica del Salvador. Siglo XVI.

Jamás sintió el cronista gravitar sobre sus hombros con tanta intensidad el peso abrumador de la ignorancia, ni sufrió más hondo el dolor de la impotencia, que cuando, absorto su espíritu con el dulce rememorar de las grandezas de ese maravilloso muestrario del Renacimiento español, que se llama Úbeda y debiera llamarse Museo Arqueológico o relicario hispánico, puesto en trance de verter sobre las cuartillas las impresiones recogidas, se nota el alma ausente, como prendida en el encaje de aquellas filigranas platerescas, constituyendo un verso más de aquel inmortal poema de piedra.

Ya, desde antes que nuestra vista atónita tenga ocasión de quedar prendida en los hechizos de la ciudad, el alma viajera se siente encantada, al decir del llorado Muro García, «por la amplitud de los bellos horizontes y dilatadas perspectivas, que desde aquellas alturas recrean los sentidos». Pero cuando el encanto llega a ser embeleso y arrobamiento y éxtasis, es al adentrarnos por su entraña, acariciados por esa inefable sinfonía de las piedras labradas y vetustas que nos hablan de pretéritas grandezas, de esplendores imposibles de igualar.

te la mano del hombre—. Conozco muy bien las costumbres de estos lugares. Los hombres buscan uniones de esta clase, pero no renuncian por ello a regresar algún día a su mundo. Cuando quieren, les basta dejar provisiones para un año a la muchacha; y la muchacha se considera dichosa... Tú puedes hacer lo mismo. Le aseguraremos provisiones no para un año, sino para toda la vida... Cuando la recogiste no era más que una salvaje: comía pescado en verano y alce en invierno. Se saciaba en los períodos de abundancia y sufría hambre en los de escasez... Y hubiera seguido siendo la misma, si no la hubieses encontrado... Gracias a ti, fué feliz; y cuando nos vayamos, gracias al bienestar que le aseguraremos, lo seguirá siendo.

—No, no—protestó el hombre—. No es justo.

—Vamos, David: reflexiona. Ella no es de los nuestros. No hay ninguna afinidad de raza entre ustedes. Es una aborigen, nacida en esta tierra, arraigada en esta tierra, de la que nadie podrá arrancarla. Nació salvaje y morirá salvaje. Pero tú, yo, la raza evolucionada y dominadora, los amos del mundo... Somos el uno para el otro, David. La voz suprema es la de la raza... Tu razón, tu sentimiento, tu instinto te lo dicen. No puedes renegar de ellos. No puedes substraerte al mandato de las generaciones que te precedieron. Tu estirpe dura desde hace millares de siglos y quiere continuar existiendo; tú no tienes derecho a impedirselo. El instinto es más fuerte que la voluntad; la raza es más fuerte que tú... Vamos, David... Todavía somos jóvenes, y la vida es hermosa.

La mirada del hombre cayó sobre Winapie, que salía a llevarle la comida a los perros. Sacudió la cabeza lentamente, débilmente, pero las manos de Karen se cifieron en su cuello, y una mejilla suave se apretó contra su rostro.

Y David tuvo en ese instante la visión de su existencia, dura y áspera: la lucha contra las fuerzas implacables; los oscuros años de hielo y de hambre; el rudo, agotador contacto con la vida elemental y primitiva; el deseo angustioso de lo que allí nunca tendría. Y ahora, a su lado, aparecía la seductora promesa de países tibios, de ciudades llenas de sol: la promesa de todo el pasado que renacía. E imaginó, sin quererlo, caras olvidadas que le sonreían, rápidas visiones de escenas lejanas, recuerdos de horas serenas, ecos de cantos y explosiones de risa.

—Vamos, David..., vamos... Soy rica...—Karen miró la miserable choza—. Muy rica... El mundo será tuyo... Vamos, vamos...

La mujer se estrechó temblorosa contra el hombre, que ya cedía, acogiéndola en sus brazos.

Y David se incorporó.

Pero el ladrido de los perros hambrientos, y los gritos de Winapie, que trataba de calmarlos, atravesaron las paredes

Un libro, muchos libros, millares de páginas se precisarían para conceder la necesaria atención a cada uno de esos mudos testimonios del genio humano, y sería pueril pretender rebasar los estrechos límites de una mera información con algo que, a la postre, no sería otra cosa que una burda caricatura de guía turística.

Nombres y siglos, arte de muchas centurias y oro de múltiples arca se unieron en apretado abrazo para formar ese inmenso caos arquitectónico de la iglesia parroquial de San Pablo, en la que todos los estilos, desde el románico primitivo hasta el plateresco; desde el gótico florido hasta el barroco, parecen porfiar en elegancia y majestad de líneas y formas en holocausto de su apóstol titular. Los primeros sillares de esta obra parece que fueron labrados antes de mediar el décimotercio siglo, y su más preciada joya, como que el pueblo la llama «La perla de San Pablo», es la «capilla del camarero», de insuperable belleza y valor artístico.

Por notable contraste, la iglesia de San Nicolás, en la pureza de su estilo ojival, en la austeridad de sus claustros severos, ofrece al alma sólo motivos de recogimiento y devoción. Se siente allí el espíritu más cerca de Dios y más al amparo de su bondad infinita. ¿Qué, si no es esa protección divina, pudo inspirar al artista ese milagro de rejería que cierra la capilla del Deán?

Toda la ciudad, dorada por el sol de muchos siglos, es una inmensa pira que arde en honor del arte legendario, y cuya zona luminosa culmina con resplandores de apoteosis en esa inefable plaza de Santa María, toda reposo, serenidad, paz infinita, silencio augusta.

En ella exhiben su maciza elegancia la colegiata de Santa María de los Reales Alcázares, a la que presta gran sabor histórico la circunstancia de ser el primer recinto sagrado que pisara la conquistadora planta del Santo Rey, en cuyo séquito figuraba el arzobispo de Toledo, Ximénez de Rada, y que no precisa de ese interés anecdótico para ser admirada como reliquia por el hermoso grupo de su portada principal, que representa la adoración de los pastores, el bello claustro gótico, su valiosa custodia, algunos cuadros de extraordinario mérito y, sobre todo, por la magnífica reja de su «capilla de la yedra».

Los soberbios palacios de los Vázquez de Molina o de las

de madera. Y otra escena fulguró ante David: una lucha en el bosque, el ladrido de los perros y los gritos de Winapie, que los azuzaba; él, bajo las garras de un oso, debatiéndose como otra fiera; la nieve manchada de sangre; y Winapie, los cabellos sueltos, la mirada encendida, asestando golpes con su largo cuchillo de caza.

La frente se le perió de sudor frío.

Se libró de los brazos de Karen y buscó en la pared sostén para su cuerpo.

Y Karen, adivinando que había llegado el momento supremo, pero no atinando a comprender lo que pasaba en el espíritu del hombre, destruyó de golpe todo lo que había sabido conquistar.

—David: no quiero violentarte... Si no deseas volver, me quedaré aquí. El mundo no me interesa; el mundo vale menos que tú... Me convertiré en una mujer del Norte. Te haré la comida, cocinaré para tus perros, te ayudaré a abrir el camino en la nieve, remaré. Soy fuerte. Me siento capaz de todo eso...

David no lo dudaba. Pero su rostro se había puesto duro y frío, y la luz se había apagado en sus ojos.

—Pagaré a Peter y a sus marineros... Les diré que se marchen. Y me quedaré aquí, y te seguiré adonde vayas, venga o no venga un sacerdote a bendecir nuestra unión. ¡David, David! Escúchame. Me equivoqué, sí; pero déjame purgar mi culpa. Si no supe amar como debí hacerlo, déjame demostrarte que todavía hay mucha ternura en mi corazón...

Arrodillada en el suelo, Karen le abrazaba las rodillas y sollozaba:

—Tú me amarás, David... ¡Piensa en mis largos años de sufrimiento y de espera! Nunca, nunca podrás imaginarte qué fué eso para mí.

Pero él, inclinándose, la levantó serenamente:

—Escucha—articuló con acento autoritario, abriendo la puerta y empujando a la mujer hacia afuera—: te he dicho que no puede ser. No se trata únicamente de nosotros dos. Regresa al lugar de donde viniste. Buen viaje. En Sixty Mile quizá tengas algún contratiempo; pero tus marineros son hábiles y no te sucederá nada. Adiós, Karen.

Aunque había recobrado por completo el dominio de sí misma, Karen elevó hacia David dos ojos llenos de desesperación:

—Y... sí... si Winapie se mu...

Dejó truncada la palabra. Y tembló al oír que los labios del hombre contestaban:

—En ese caso, sí.

Pero enseguida, comprendiendo la enormidad de aquel pensamiento, David balbució:

—No... Tampoco eso puede suceder.



Fachada de la Basilica del Salvador. Siglo XVI.

cadena y de los Mancera; la cárcel del obispo, el antiguo pósito, después cárcel de partido y, por sobre todos, como gran señor que recibe complacido el mudo homenaje de sus vasallos, la mágica joya del Renacimiento: la Sacra capilla del Salvador, «uno de los mejores templos renacentistas de nuestro país», en pluma de Moya e Idígoras.

La gracia alada y juguetona de las piedras venerables que la rodean, obligó a la pluma magistral de Luis Bello a confesar: «Es la iglesia del Salvador la más pagana, la más sensual que inspiró en España el Renacimiento italiano, con su portada y su sacristía llenas de evocaciones mitológicas; parece fondeada en la loma de Úbeda frente a la sierra de Mágina, como una nave que vuelve abarrotada de botín.»

Eso es Úbeda; eso es la ciudad entera: una nave cargada del más espléndido botín de arte, que balancea su gallarda silueta en ese mar esmeralda de su ubérrima loma, en tanto acaricia sus oídos la canción de plata del Guadalquivir, que camina hacia la baja Andalucía añorando las grandezas de estas tierras altas por donde transcurre su mocedad.

—¿Me das un beso?—dijo Karen, en un susurro, mostrando de pronto un rostro milagrosamente iluminado. Luego, volvió el rostro y se alejó.

Cuando alcanzaba la orilla, un rumor de pasos precipitados le hizo girar bruscamente sobre sí misma. La joven indígena corría hacia ella, escoltada por los perros. Una expresión de profundo dolor le contraía el rostro.

—¿Qué le ha hecho a mi hombre?—preguntó, brutal, la indígena—. ¿Qué le ha hecho?... Se tiró en la cucheta, y tiene una mirada que nunca le vi. Yo le dije: «¿Qué le pasa, David? ¿Está enfermo?» Y él no me contestó. Yo insistí. Y él me dijo: «Nada, Winapie. Me siento bien.» ¿Qué lo ha hecho a mi hombre?... ¡Hable!...

Karen miró con honda curiosidad a la muchacha salvaje, que era dueña de la vida de David, mientras ella, la mujer blanca, tenía que regresar sola en las tinieblas de la noche.

—Creo que usted es mala—continuaba Winapie con la voz lenta, de quien tiene que buscar las palabras de una lengua extranjera—. Y es mejor que se vaya, y que no vuelva más. ¿Entiende?... Yo soy una indígena y no tengo más que un hombre... Usted, americana, es linda... Usted puede tener muchos hombres. Sus ojos son azules como el cielo. Y su piel es tan blanca, tan suave...

Con la mayor desenvoltura, Winapie apretó su dedo contra la mejilla de Karen. Y ésta, dicho sea en su honor, ni se movió. Peter, el guía, temiendo algo desagradable, corrió al lado de la patrona; pero Karen lo tranquilizó:

—Vaya, Peter; no pasa nada...

Y Winapie prosiguió:

—Piel blanca, suave, como la de los chicos... Ahora vendrán los mosquitos y la piel se enfermará... Hinchada, así, y colorada... Muchos mosquitos, muchas picaduras... Es mejor que se vaya antes de que lleguen los mosquitos, sí. Vaya a Saint Michael; después, a Adyea...

Y entonces, la señora Sayther hizo lo que a Peter debió parecerle la cosa más extraordinaria del mundo. Echó los brazos al cuello de la muchacha indígena, la besó y, rompiendo a llorar, gritó:

—Sea buena con él, muy buena... Adiós...

Y corrió hacia el barco, con los ojos llenos de lágrimas.

Peter la siguió presuroso. Fué al timón y dió la señal de partida. Uno de los marineros entonó una vieja canción francesa.

Semejantes a espectros, los hombres flotaron en la niebla nocturna, soltando las amarras. Los remos cortaron la corriente sombría, y el barco, resbalando silencioso en la noche, desapareció.



EL POEMA NATURAL

Por Munkacsí



EL POEMA HUMANO

Por Outerbridge

El Salón anual de la Fotografía despierta ya tanto interés como los Salones de pintura, escultura y humorismo. Como los años anteriores, París corrió a ver lo que los fotógrafos realizan en su oficio, elevado ya a la categoría de arte puro. Junto con los más célebres críticos de arte—Vauxelles, Salmón, Oudot, Tériade, etc.—, se dieron cita en el Salón de la Fotografía artistas consagrados, como Picasso y Van Dongen, Despiay y Mateo Hernández, María Vasilieff y Friez. Jean Cocteau deambulaba con Giraldy, no lejos de Philippe Soupault, de Paul Morand, de la princesa Bibesco, lo que quiere decir que la Pintura, la Escultura y la Literatura se interesan igualmente.

Los envíos congestionaban generosamente los muros. Había, junto a la fotografía francesa, la alemana, la rusa, la yanqui: esos tres polos imantados de la cámara. Los grandes artistas de la fotografía se llaman hoy Man Ray, Zielke, Munkacsí, Cloche, Germaine Krull, Jean Moral, Hoiningen-Huene, Koziánka, Cecil Beaton, Scheeler...

DESDE PARÍS
Cuatro poemas fotográficos

Por EDUARDO AVILES RAMIREZ

Especialmente para CIUDAD, he escogido esos cuatro poemas: el «Poema Humano» (de Outerbridge); el «Poema Animal» (de Cloche); el «Poema Natural» (por Munkacsí), y el «Poema Vegetal» (de Zielke). Cuatro poemas prodigiosos, cuatro paisajes de la creación, cuatro documentos sensacionales...

Los «sujetos», de una variedad infinita y sugestiva, realizaban un esfuerzo igual al que desarrolla la pintura. Hemos visto paisajes, desnudos, naturalezas muertas, cubismo, naturalismo, impresionismo. A veces, nuestra vista caía sobre un documento que, coloreado, bien hubiera podido firmar Picasso, Pissarro o Manet. Otras veces nos encontrábamos enfrente del motivo surrealista capaz de despertar los entusiasmos líricos de Andrés Bretón. Y a veces la nota humana, y hasta la demasiado humana, irrumpía llena de frescura y de armonía. Todo lo cual nos probaba que, en las alturas de 1935, una cámara logra un triunfo plástico y que en el

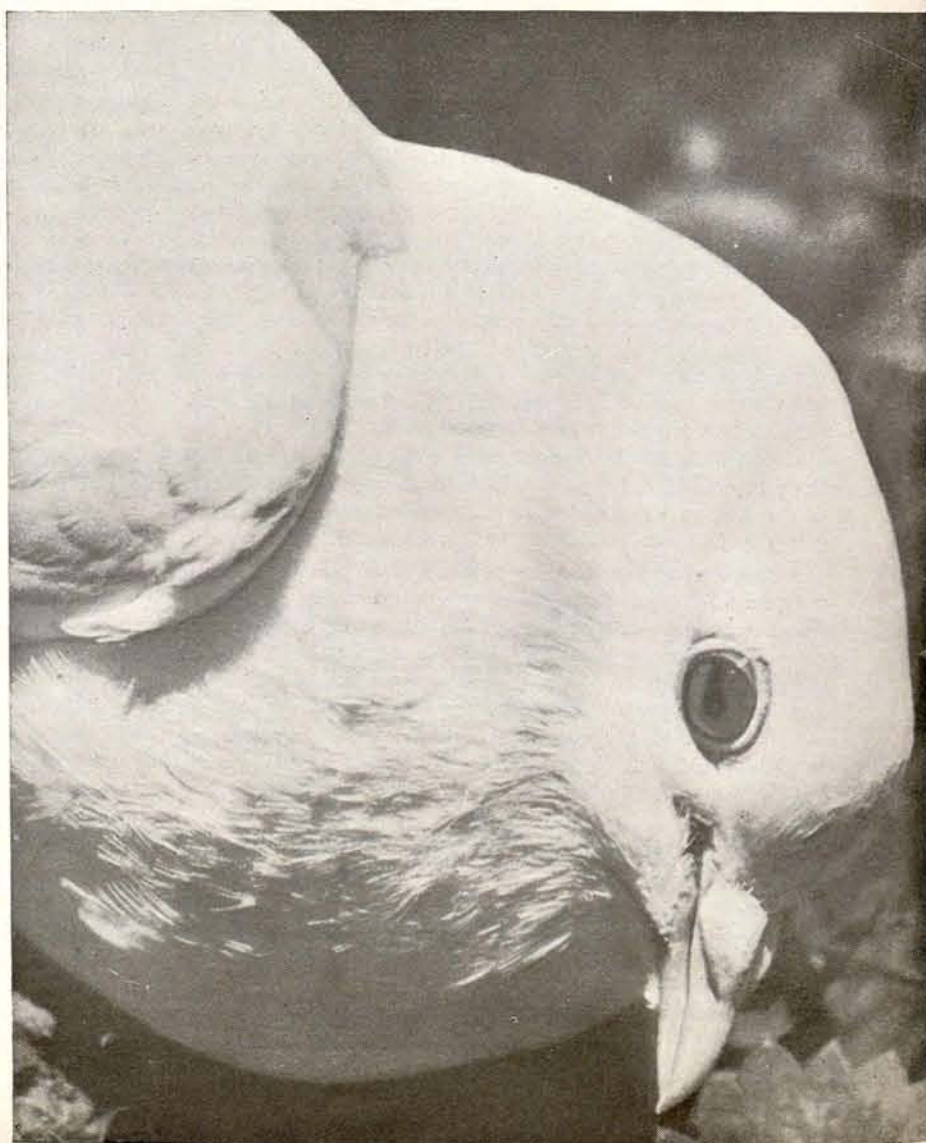
fondo de los grandes fotógrafos modernos hay un pintor y un escultor bien despiertos.

He aquí, pues, la Fotografía, respetuosamente mayusculada, que después de haber sufrido el desdén y hasta la ironía de los críticos de comienzos del siglo, realiza hoy sus Salones y despierta mil ecos en las columnas críticas. Sería curioso seguir los avatares de la fotografía a través de sus ciento trece años de vida (sabido es que la fotografía nació en 1822, en un pueblecito francés de la Borgoña, en donde vivía Nicephore Niepce, su inventor). Si el propio Niepce, o su compañero de investigación, Daguerre, tuvieran la suerte de visitar este Salón, creerían seguramente que se trataba de otra cosa. La implacable veracidad de los objetivos modernos, la sensibilidad extrema de las películas, la precisión de los obturadores y el arte de revelar, se unen hoy a una suprema voluntad estética, perfectamente dormida en la conciencia de los primeros fotógrafos. Un sentido decorativo, una preocupación plástica, un soplo poético.



EL POEMA VEGETAL

Por Zielke



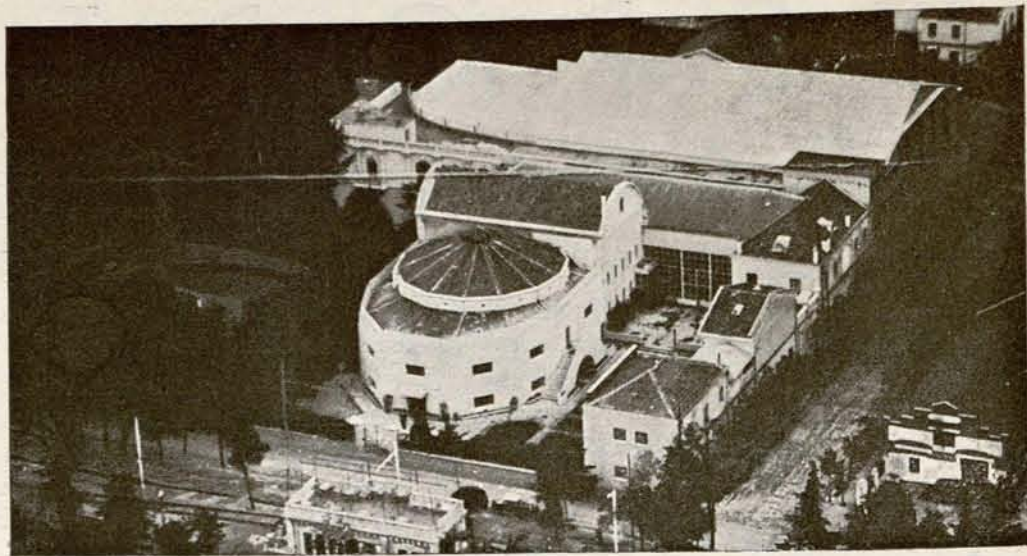
EL POEMA ANIMAL

Por Cloche



Andalucía, con la clásica bata de cola de la "bailaora" flamenca, nos sugiere este lindo modelo de traje para la noche.

Es de gasa negra sobre viso de lamé de plata; una pañoleta de volantes de tul cubre los hombros y se anuda a la cintura. Todo el vestido se salpica de "estrass", remediando brillantes lunares.



LOS ESTUDIOS de la CEA en CIUDAD LINEAL

han producido en su primer año de actividad cinematográfica **OCHO GRANDES PELÍCULAS**: «El Agua en el suelo», «La traviesa molinera» (en tres versiones: español, francés e inglés), «Una semana de felicidad», «La Dolorosa», «Crisis mundial», «Vidas rotas» y «La bien pagada», más numerosos films de corto metraje, documentales, culturales, de propaganda, etc., y gran cantidad de sincronizaciones y doblajes de películas mundialmente célebres ♦ En junto, cerca de **CUARENTA FILMS** al terminar el año.

Los **ESTUDIOS DE LA CEA** están equipados con aparatos de sonido **Tobis-klang film** y cámaras **Super-Parvo** y **Eclair**, uno de los cuales va montado sobre dos magníficos camiones para exteriores sonoros.

La producción que se prepara para el año próximo excederá en mucho a la ya realizada, para lo cual se está construyendo un nuevo Estudio.



Cinematografía Española Americana

S. A.

Oficinas: Barquillo, núm. 10.—Teléfono 16063
Estudios: Arturo Soria, núm. 350.—Teléfonos
núms. 53287 - 61329 - 61838



Una de las tonterías que andan por ahí como artículo de fe es la de que el déficit presupuestario supone la ruina de los Estados.

Por evitarlo se han perpetrado las mayores monstruosidades. Se negó dinero para obras, a sabiendas de que representaba el privar de pan a millares de hogares. Se negó aumento a funcionarios modestos, a pesar de reconocerse que no podían vivir con los sueldos que tenían. Y mil delitos más.

No para ahí. Funciona actualmente en España una comisión encargada de introducir economías hasta 200 millones de pesetas. Se sabe que sobra de todo en la nación: artículos de comer, de beber, dinero, herramientas, hombres, etc. Pero el presupuesto no se nivela. Se disponen a destruir todas esas riquezas existentes.

Una mancha para la Humanidad. Un baldón y una vergüenza para los llamados técnicos de las finanzas.

El déficit presupuestario no significa una desviación del eje terrestre, con tales trastornos que pueda desaparecer el planeta que habitamos. Tampoco significa la aparición de una peste que, de no contenerse, diezme en pocos meses a todos los seres de la Tierra. Menos significa que las semillas no germinen ni que el Sol deje de dar calor.

Con déficit presupuestario, con nivelación o con superávit, las riquezas de las naciones son absolutamente iguales. No pueden alterarse por un manejo de cifras.

Por los frutos se conoce el árbol. Los frutos de la Economía política, esa ciencia absurda frente a cuya supuesta infalibilidad nos declaramos herejes, son el someternos a privaciones de todo género..., precisamente porque hay una superabundancia de riquezas como jamás se recuerda.

Insistimos en que el déficit nada representa. Vamos a estudiarlo por las mismas reglas de los economistas.

En su mayor amplitud, el déficit significa que no ha entrado en las arcas del Tesoro tanto dinero como necesita para sus compromisos. Por tanto, o no paga o recurre al préstamo.

Nuevos rumbos para la Economía

EN DEFENSA DEL DEFICIT PRESUPUESTARIO

Por ISAIAS TABOAS

Supone eso—dicen—la misma situación del comerciante que se declara en quiebra: la ruina.

No, señores economistas. Ya que en las reglas comerciales se basan, es necesario conocerlas todas, y no una sola.

Eso de cobrar y pagar no significa más que un renglón de la vida o situación del comerciante: su caja. Lo que es lo mismo, el Tesoro en un Estado.

La caja en un comerciante, y el Tesoro en un Estado, no pueden servir de base para juzgar la situación ni del uno ni del otro. Es más. Al comerciante, la cuenta de caja es la que menos le importa. No le produce beneficios ni perjuicios. Nunca podrá salir más dinero del que entró. Tampoco saldrá menos.

El dinero no da crías. Tampoco se gasta, ni se deteriora, ni se cansa jamás. Es por otras cuentas, por otras modalidades, por donde le ha de venir al comerciante su bienestar o su ruina. De la misma manera, un Estado no puede esperar su bienestar ni su ruina por la situación del Tesoro. Son otros aspectos, son otras modalidades las que han de reflejarlo.

Un comerciante puede no tener un solo céntimo en caja. Deber a todos los Bancos. No poder pagar, incluso, muchos días. Y a pesar de ello, ser su situación próspera, envidiable, de enorme potencia.

Cabe no tener dinero en caja, deber a todos los Bancos, y ser rico en toda la extensión de la palabra, porque esos importes pueden estar en grandes "stocks" de nobles mercancías, en herramientas, en edificios, en

partidas del activo, en fin, que le permitan considerar su situación en franco progreso y dar un balance de grandes utilidades, a pesar de esa carencia de dinero y de andar apretado en sus pagos muchas veces.

Contrariamente, otro comerciante puede tener dinero en caja y también en todos los Bancos. Pero no existe activo. Su capital lo ha perdido. No llegan esas existencias para su pasivo. Con dinero y todo, está quebrado.

De la misma manera, un Estado puede liquidar su presupuesto, digamos con 10.000 millones de déficit. Pero esos 10.000 millones, haberlos empleado en carreteras. Tiene ese valor en su activo. Existe déficit. Su situación sería igual no teniendo déficit ni carreteras. Sólo que esas carreteras valorizaron enormes extensiones de tierra que antes nada valían. Un valor de 20.000 millones que se aumentó. Luego ese Estado, a pesar del déficit, está mejor y es mucho más rico que antes de tenerlo.

Hagamos el mismo ejemplo al revés. Un Estado tiene 10.000 millones de superávit, extraídos de carreteras que debiera construir. Se los quitó a la nación, empobreciéndola en esa suma. La privó, además, de una valoración de 20.000 millones. Con superávit y todo es más pobre y se halla más arruinado que el otro que tiene déficit.

Sepamos de una vez algo de Economía. Todo lo que refleja la liquidación de presupuestos es:

El superávit, obra de gobernantes avaros y torpes, que sometieron a la nación a toda suerte de miserias para darse el gustazo de ver las arcas del Tesoro repletas de dinero: un delito.

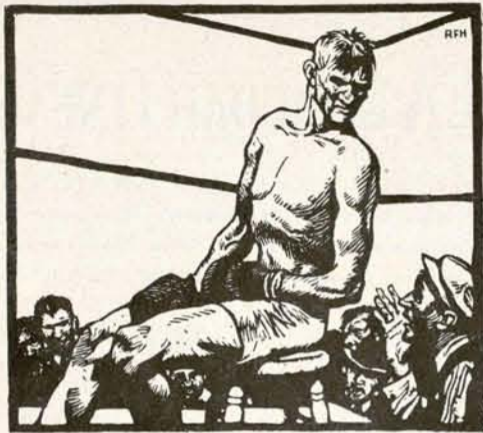
La nivelación, el fruto de hombres mediocres, incapaces de dar un paso adelante.

El déficit, la manifestación del genio emprendedor, de deseos de un más allá. En el déficit está basado todo el progreso de la Humanidad. Quítese el déficit de los presupuestos, quítese del gobierno de los Estados y de las empresas mercantiles a los hombres que no temieron deber dinero, y nos encontraremos en la pobreza de muchos siglos atrás.

¡BREAK!

Freddie Miller continúa de "verbena"

Ni toda su fama, ni su magnífica clase de auténtico y legítimo campeón, ni el «chinchín» estridente y admirativo de la propaganda fué suficiente incentivo para llenar el Circo el miércoles pasado. Freddie Miller—«ya suenan los claros clarines»—frente al cata-



lán Micó era escaso plato para saciar el apetito emocional de la afición, por muy alegre y confiada que acudiese al cuadrilátero.

El «boy» de norteamérica—un chatillo, rubio, simpático y feliz en su optimista juventud—llegó a Madrid y subió al ring a bailar la carioca delante de su adversario, que, cegado por el esplendor de la celebridad contraria, se daba con las cuerdas, huidizo y temeroso del *punch* enemigo.

Pocas veces vimos miedo mayor. El catalán pisó la lona con un solo y exclusivo pensamiento: «¡Dios mío, una hora cortita! Los malos tragos, pasarlos pronto.»

Freddie Miller—Paris-Lyon-Mediterráneo, pasando por las ramblas—posee tal cantidad de boxeo en sus músculos de hierro, que ni antes ni después del combate, ni en el combate mismo, dió la menor importancia al juguete cómico que tenía que representar. Como quiso, cuando quiso, en el instante mismo que le dió la gana, terminó con el contrincante, sin dar a la cosa una trascendencia que hubiera dado a un «punchig-ball». ¿Para qué? Freddie, sin un gesto, sin deshacerse siquiera el ondulado, contemplaba, ingenuo y divertido,

cómo un hombre de la excelente clase de Micó se desplomaba en aparatoso k. o. al recibir aquel *crochet* de izquierda, preciso y académico.

Freddie Miller no tiene hoy rival español que frene su marcha triunfal. Nadie.

Ni Gironés. Ni Bartos. Ni Micó. Nadie. La noche del miércoles hubiese dado fin, con la misma facilidad e idéntica sencillez que lo hizo con el que le *pusieron delante*, con otros dos sin salir del cuadrilátero siquiera. Uno detrás de otro.

¿Podía a nadie sorprender aquella victoria?

Lo absurdo es concertar estas *peleas* donde existe tan marcada diferencia de categoría.

Absurdo y algo más. Si Freddie Miller no tiene en España rival que pueda siquiera inquietarle, ¿para qué estos combates, fijos sólo en la faceta crematística!

¡Siete pesetas!—entrada general—para ver al campeón hacer *guantes* son demasiadas pesetas, por pago de un «soliloquio», aunque sea de la clase extraordinaria del chatillo rubio, que noqueó a Pepe Gironés.

De la categoría, sin precedentes, del verdadero, auténtico y legítimo campeón del mundo.

Que con toda su categoría, todo su historial, no llenó el miércoles el circo.

Sencillamente, porque la gente quiere un mínimo de emoción, aunque se la proporcio-

nen en cuentagotas, ¡pero algo! Y no este grotesco juego del ratón y el gato, que se puede comprar en la Puerta del Sol por una «perra gorda».

Vísperas de un acontecimiento

Alf. Brown, «el negro que tenía el alma blanca», tan alta y tan límpida, que supo salir derrotado por la «pantera de Rurafa»—hablamos de Schangchili—resignado y contento



de su suerte, va a encontrarse pasado mañana con el «caro amigo» Quadrino.

Ring del circo madrileño.

¡Pobre negro! Nos da el *pálpito* que tu suerte está echada. Miller—incansable viajero—anda todavía por tierras hispanas, y unos dueros a ganar no son nunca despreciables.

A lo mejor, nos equivocamos en la profecía y vence el lago del Panamá.

Y ya tenemos otro combate en puerta. Ese mismo que están ustedes pensando.

Es lo menos que puede suceder después de ver temblar al «Miquelet».

Leemos y pegamos

«Ha llegado a Palma de Mallorca el distinguido «sportman» Freddie Miller. Después de recorrer la población y mostrarse encantado del cordial recibimiento que le dispensó la afición local, asistió como espectador a una interesante velada de boxeo.

El público, al darse cuenta de la presencia del campeón, le hizo subir al ring. Freddie Miller rogó a los organizadores que le opusieran un contrincante para demostrar su agradecimiento a los aplausos recibidos.

Jhony Cruz fué el designado por los promotores, y el combate quedó concertado en el acto, en medio de grandes ovaciones.

Venció Jhony Cruz, por k. o., en el quinto asalto.

Freddie Miller está consternado por este fin, el que no esperaba.

Ha salido para Barcelona, donde le esperan sus numerosas amistades.

El triunfo de Jhony Cruz es muy comentado. No se habla de otra cosa.»

El domingo futbolístico

PANORAMA

No sucedió nada que no estuviera previsto en el augurio de los *entendidos*. Acaso el resultado de Las Corts sea la única nota sorprendente en la jornada del domingo, compás de espera para tardes decisivas en este emocionante forcejeo—Madrid-Betis—en consecución del éxito final. Ni en Chamartín pasó algo distinto al cálculo ni en el Patronato los blanquiverdes encontraron rival de consideración en sus contrarios.

Y en la pugna de madridistas y béticos está la salsa de este plato fuerte de la liga. Así lo han puesto unos y otros.

Digamos, sin embargo, que las huestes de Quincoces—un buen primer tiempo—ganaron al Rácing de Santander por los pelos. Una precaria victoria, que la justicia obliga decir que no se merecieron justamente, aunque nosotros nos alegremos por lo que de localista tiene el triunfo. Un tres-dos, mínimo, que pudo convertirse, a poco que Temis—esta vez, algo veleidosa—se hubiera acordado de la tropa montañesa, en un empate, cuando menos. No es nueva la acometividad de la gente del Sardineiro en puga con la de Chamartín: el Rácing santanderino ha tenido en el rectángulo de los campeones sus mejores actuaciones. Esta del domingo fué del todo meritoria. Ni se arrojó por la categoría del enemigo, ni se asustó por aquel primer *goal* en contra, conseguido apenas dar comienzo la partida, ni le amedrentó el griterío del partidismo. Fuerte, impetuoso, bravo siempre, sacó del fondo de sus reservas físicas las energías suficientes para contrarrestar la técnica indiscutible del conjunto madrileño y se impuso al enemigo en espacio demasiado largo para la impaciencia de los devotos. El larguero actuó de remedio salvador. El partido, pues, terminó como estaba previsto: victoria blanca y una buena actuación del Rácing, al que no le acompañó ciertamente la fortuna.

Las líneas blancas respondieron, en general, bien. Quincoces sobre todos. Excepción del elogio, Alberty, que en este partido confirmó plenamente nuestra primera impresión. Nervioso,



inseguro, vacilante. Dará más de un disgusto al equipo.

Por los montañeses, todos en reiterada demostración de su gran preparación física. Pusieron en la pelea cuanto podían oponer a la clase enemiga: entusiasmo y empuje.

Sólo la indicación del tanteo—cinco-cero—puede dar idea de lo que sucedió en la casa bética. Mejor dicho, de lo que no sucedió. Los andaluces, dispuestos a no dejarse escapar lo que con tantos deseos y tan legítimas esperanzas esperan, dieron cumplida cuenta de los españoles de modo definitivo y espectacular. No sólo la ya clásica pareja defensiva evidenció su extraordinaria forma—nadie pasó por aquel valladar—, sino que la vanguardia disparó con tal precisión y tan buena puntería, que los cinco obuses que hicieron diana en la casilla blanquiazul demuestran que todo el conjunto, de punta a punta, responde de la

JABÓN TRIANA
CREACION DE LA UNION COMERCIAL ACEITERA MADRID

JABÓN TRIANA

CREACION DE LA UNION COMERCIAL ACEITERA (SALGADO. S. A.)

JABÓN TRIANA

Fabricado exclusivamente con el finísimo aceite puro de oliva UCA, elaborado dentro de los más modernos procedimientos de fabricación.

La pureza de sus aceites, su agradable y persistente perfume y su abundante espuma, hacen del JABÓN TRIANA el preferido de toda persona distinguida.

INDISPENSABLE A TODO CUTIS DELICADO
INSUSTITUIBLE EN TODO BUEN TOCADOR

Venta exclusiva: Rosalía de Castro, 36-Fuencarral, 88

misma manera. Los medios ayudaron eficazmente al resonante triunfo.

Una jornada que nada ha decidido y un domingo más de aliento para unos y otros. ¿Quién tropezará primero?

Nada en San Mamés. Un partido más. Otra vez el Arenas derrotado. El Athlétic bilbaíno gana por uno a cero en un encuentro en donde la nota a destacar es la actuación de Cilaurren como medio centro.

Tampoco en su campo logra ganar el Donostia. Una oración por su alma. Y por el alma del Arenas. El Oviedo lo deja completamente «groggy» al vencerle por cinco a tres.

Malos vientos soplan por las Vascongadas.

En segunda división, el Hércules bate al Osasuna; el Celta aplasta al Sabadello, y el Valladolid derrota a Murcia.

Resultado: que los alicantinos se consolidan en el primer puesto, los natpatarras retroceden al tercero y los gallegos suben a segundo lugar.

INTERNADOS

En Mestalla, el público, apasionado y chillón, creyó ver en EliceGUI lo que EliceGUI es incapaz de hacer en un campo de fútbol. ¡Jamás!

Y culpó al irundarra de la lesión sufrida por Juan Ramón. Y de rechazo, a todo el equipo de la travesía del Arenal.

Y el Athlétic, víctima del ensordecedor griterio de la gradería, jugó bajo el peso de la injusticia y la mala suerte.

Para no romper la tradición. Esa tradición que ha lesionado a los rojiblancos en esta temporada a tres de los jugadores, y en accidente muy parecidos al que hoy sufre—y lamentamos de todas veras—el joven defensa valencianista Sornichero, fractura de la clavícula. Mendaro, fractura de tibia y peroné. Gabilondo, luxación de codo.

El larguero—uno de los imponderables—se encargó de detener un balón que no hu-

biese parado el meta del «canta vagabundo». Y la presidencia—también imponderable—de dar la victoria al Madrid y de que recobrase la entrecortada respiración el partidismo local y consecuente.

Porque un empate a tales alturas hubiera dado al traste con todos los cuentos de hadas.

Esta vez, como tantas, el ¡ra, ra! forastero no pasó de buenos deseos. Aunque, si hubiera habido justicia en la tierra—por lo menos el domingo en el rectángulo de Chamar-tín—, el «grito de guerra» montañés debió salirse con la suya.

Pero venció el Madrid. Y eso va perdiendo el Betis.

Porque en el Sardinero no pasó nada. Piquio sigue donde estaba.

A propósito del «canta vagabundo»: A ustedes, ¿de verdad, les hace feliz Alberty? Díganlo sinceramente. Yo les prometo no decirselo a nadie. Ni a Zamora siquiera. Palabra.

En Ibaiondo cayó, para no levantarse más, el Arenas. Bueno, hace ya tiempo que los güe-hotarras estaban más perdidos que Carracuca. Pero es triste que los paisanos se encargasen de darles la puntilla.

Y con Cilaurren de medio centro. Aviso a los navegantes.

Los suspicaces—¡detente, pluma!—cuentan con cierto retintín la victoria del Sevilla en Las Cortes. No por lo que tenga de sorprendente el triunfo blanco, sino al compararlo con el fracaso de hace ocho días en el Nervión. Nuestra inocencia no sale de su asombro al ver lo mal pensada que es la gente.

Y nosotros, en la higuera. En lo más alto.

Francisco Portillo

APAREJADOR TITULAR
Y CONTRATISTA DE OBRAS

Construcciones en general

Contratista
de la
pavimentación de aceras
de Madrid

Fábricas
de losetas hidráulicas

Fernández de la Hoz, 38
Teléf. 40869. - MADRID

BOLETIN DE SUSCRIPCION A "CIUDAD"

(Recórtese este cupón por la línea de puntos)

Sr. Administrador de "Ciudad"
Palacio de la Prensa
MADRID

D.
domiciliado en (localidad)
calle de número
provincia de

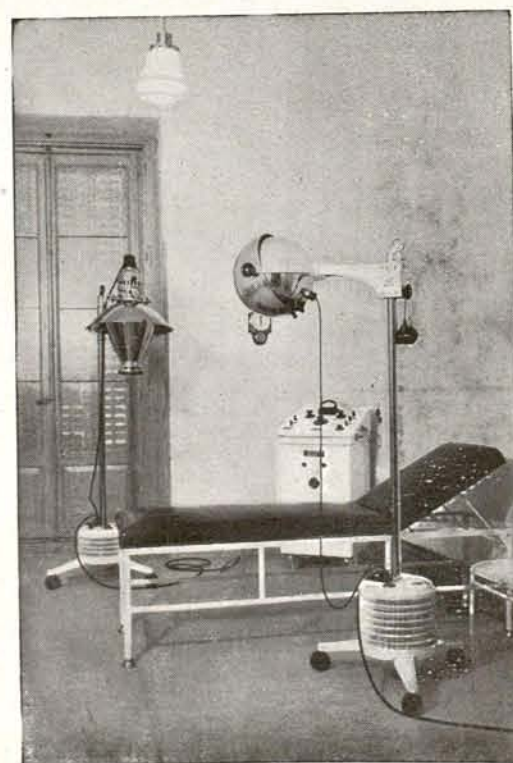
Se suscribe a CIUDAD por UN AÑO (52 números) y adjunta la suma de DIEZ PESETAS, CUARENTA CENTIMOS (10'40 ptas.) importe de la referida suscripción anual en

(giro postal o cheque)

FECHA Y FIRMA

"HERMES"

MUTUALIDAD INDUSTRIAL Y MERCANTIL DE
SEGURO CONTRA ACCIDENTES DEL TRABAJO



Vista de la Sala de Electricidad Médica del Consultorio de "Hermes"

Marqués de Valdeiglesias, 8

TELEFONOS { Oficina: 27916-17
Dirección: 27914
Clínica: 27915

EL
MIÉRCOLES
17

LEA EN EL PROXIMO NUMERO

RESERVE
CON TIEMPO SU
EJEMPLAR

El sensacional reportaje de gran actualidad

LA "CARIOCA" SE HA EVADIDO DE UN PRESIDIO...

Entre ladrones y asesinos, del odio y la sangre, nació la alegre y sensual "carioca".

Cómo pude llegar al famoso "morro de la Favella", tumba de policías y turistas intrépidos y cuna de la popular "carioca".

por

RAUL GONZALEZ TUÑON

Interesantísimo reportaje sobre los orígenes de "la carioca" y el ambiente de intensa dramática de donde surgió por vez primera para alumbrar con su alegría a los famosos carnavales de Río de Janeiro.



LAS TRAGEDIAS DEL MUNDO

EL CAMINO DE HOLLYWOOD

El reportaje de mayor interés que se haya escrito sobre el camino de espinas que conduce a la falsa meta dorada de Hollywood. La miseria y los sacrificios que conducen al éxito en la capital del cinematógrafo.

por

JACKIE MONTGOMERY



COMO SE FILMA UNA PELICULA EN LOS ESTUDIOS DE LA C. E. A.

GABRIEL GARCIA ESPINA, nuestro celebrado crítico cinematográfico, ha preparado, con la colaboración gráfica de Arteché, esta información, llena de interés, sobre cómo se rueda una película en los espléndidos estudios nacionales que la C. E. A. posee en Ciudad Lineal.

Las intimidades de los estudios locales... Una nueva estrella... Una próxima gran película...

CIUDAD se complace en anunciar a sus lectores próximas reformas de importancia. La necesidad impostergable de aumentar una vez más nuestro tiraje para poder abastecer la gran demanda de todo el país, nos obliga a introducir determinadas reformas en la hechura y confección de CIUDAD, con el objeto de llegar a todos los rincones de España y satisfacer los millares de pedidos que a diario recibimos. CIUDAD no titubea en sacrificar beneficios en pro del interés público y, con las reformas que próximamente introducirá, espera cumplir como siempre con el interés de su público lector.